



BOSCH
FENALYA

SS

SERVICIO
SECRETO

A. ROLCEST

CONVOY EN RUTA

CONVOY EN RUTA

A. ROLCEST

CONVOY EN RUTA

1ª EDICIÓN
JUNIO - 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

7. — La noche de Bright Garden. 22. — Misión en Extremo Oriente. 57. — Un loco en la sombra. 60. — La operación «Greif». 74. — Muerte en los rostros. 81. — Orden de invasión. 100. — Crimen en el «Subway». 103. Pacto entre las llamas. 107. — Al dictado del odio. 119. — Terror en Malaca. 126. — ¡¡Indochina!! 128. — Héroes en Creta. 136. — Tres hombres en la nieve. 143. — El sector condenado. 146. — Hechiceros de muerte.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2-Barcelona

CONVOY *EN* RUTA

POR A. ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando se dio la orden de arriar los botes, ya nadie pudo oírla. El buque escoraba deprisa, hundiéndose de popa. El oleaje saltaba la borda, a la busca de escotillas abiertas.

Las próximas explosiones alcanzaban con su relámpago las espasmódicas contorsiones del buque que harto de zigzags, optaba por la definitiva voltereta.

Por cubierta, agarrándose a cables, veíanse a hombres pugnando por alcanzar un bote, que medio destrincado, balanceábase con movimiento de péndulo.

Los estallidos, el crujir de maderos y planchas, y el chascar de las olas producían tal estruendo, que las órdenes, las voces demandando auxilio, quedaban borradas. Parte de la tripulación ya se había lanzado al agua. A ambos lados de proa, el escobén había soltado su gruesa cadena, que arañaba los costados del buque con el colgante del ancla buscando un inútil asidero.

La colosal columna de humo que surgía del alcázar, convertía toda el área del buque en una noche completamente negra. De vez en cuando, la masa de humo quedaba desgarrada por los hachazos de las llamas. Los mamparos del barco eran tan deficientes, que los embarques de agua habían llegado ya hasta las máquinas.

En la lejanía, los buques de escolta azotaban la noche con sus andanadas y cargas de profundidad. Eran ya dos los buques de transporte que habían desaparecido bajo el agua, dejando en la superficie una ancha llaga de fuego.

Pronto este otro buque sería el tercero. La popa ya estaba casi totalmente sumergida. La tripulación saltaba al agua, como ratas

pavoridas. Todo aquel que podía valerse de sus fuerzas o no veía cortado su paso por el fuego que ardía en el interior de la nave, abandonaba a aquel mastodonte pronto a desaparecer.

Alguien, sin embargo, llevó una trayectoria distinta a los demás. Primero había permanecido agazapado tras un montón de cables.

Dejó que pasara un grupo que a la desesperada surgía por la escalerilla que conducía a los dormitorios. Con el chaleco salvavidas a medio abrochar, arrojáronse de cabeza por la borda.

El individuo oculto tras el montón de cables fue arrastrándose hasta llegar a una escotilla, amenazadoramente abierta: un pozo negro y profundo, como un anticipo al insondable abismo que aguardaba a la nave.

Amarró apresuradamente un cable a uno de los palos, y empezó a descolgarse en el interior del sollado. Durante unos momentos estuvo balanceándose en el vacío, hasta que sus pies tropezaron contra un suelo de madera. Soltó la cuerda, y de uno de sus bolsillos sacó una lámpara automática. Proyectó el cono de luz a su alrededor.

Apareció una inmensa cueva en la que enormes cajas de madera habían perdido la ordenada estiba, volcándose en avalancha contra uno u otro costado del buque.

Únicamente en uno de los ángulos manteníanse unas cajas en prodigioso equilibrio, como si estuviesen atornilladas al suelo. En realidad estaban sujetas con cables.

El cono de luz enfocó aquel grupo de caías. Destacaron sobre la madera enormes letras y cifras.

La lámpara pareció que al fin quedaba conectada en un punto. El hombre que la empuñaba no la movía de determinada dirección. Las letras y cifras que aparecían en todas las cajas, debían de tener en aquella que ahora abarcaba la luz, características muy especiales, por cuanto el hombre, pese a las amenazadoras sacudidas que en aquel momento daba el barco, permaneció atraído por ellas, ajeno a cuanto sucedía a su alrededor.

El suelo de la bodega se hallaba muy inclinado, y el individuo tuvo que acercarse a gatas, agarrándose a los costillares del buque. Ató la lámpara con un trozo de cuerda que colgaba de una anilla, procurando que la luz cayese en la dirección que le interesaba. De la cintura se sacó una herramienta, e introduciéndola en una hendidura de la madera, se puso a forcejear, seguramente para desclavar la tapa de aquella caja.

El crujir de las tablas quedaba ahogado por los innumerables ruidos que se producían en el interior y fuera del barco. Las olas

lanzaban multitud de objetos contra los costados del buque, y en el departamento de máquinas se producían imponentes rugidos con tolvaneras de vapor.

Al interior del barco seguía llegando el estruendo de los cañonazos y las cargas de profundidad.

El individuo de la lámpara, que hasta aquel momento había estado obrando con sorprendente parsimonia, tan pronto consiguió arrancar un trozo de tapa, pareció poseído de una gran prisa.

Una prisa atropellada, tan llena de pánico como la que antes habían sentido los demás ocupantes del barco. El trozo de madera se lo ocultó en el pecho, tanteándose varias veces para cerciorarse de que quedaba bien sujeto.

Se dispuso a desatar la lámpara. Y fue entonces cuando detrás de él percibió un sordo golpe.

Sin tener aún idea exacta de lo que ocurría, se ovilló, y convertido en una bola se lanzó con fuerte impulso rampa abajo. Al momento tropezaba con unas piernas, se agarraba a ellas, y enseguida fueron dos los cuerpos que trabados con inusitada fuerza, rodaban hacia la parte de la bodega donde la avalancha de cajas había empezado a reventar, arrojando pesados artefactos.

La lucha de aquellos dos hombres, en plena oscuridad, fue rápida. Uno de los mil peligros que les rodeaban fue lo que la decidió. Uno de los pesados artefactos chocó contra la cabeza de uno de los individuos, y este lanzó un gemido, cesando inmediatamente la presión que ejercía sobre el otro.

Era el aparecido en segundo lugar el que lanzó el gemido y el que cayó exánime. El individuo que se ocultó un trozo de madera en el pecho no se entretuvo siquiera unos segundos para comprobar si su contrincante quedaba definitivamente fuera de combate.

Su única preocupación era subir a cubierta. Asomar cuanto antes a la noche abierta, sucia de humo y arañada de fogonazos; con un mar rugiente, pronto a engullirle. Pero no obstante, preferible en todo a esta negra cueva, que de un instante a otro iba a quedar anegada...

Tan obcecado le tenía el deseo de escapar, que no advirtió que en aquella movediza rampa era ya imposible mantenerse de pie. Intentó hacerlo, y cayó rodando, hasta tropezar con uno de los pesados artefactos: un motor de aviación.

Aquel antro se hallaba atiborrado de máquinas, agarrotadas de grasa, con un destino truncado: hechas para devorar el aire, y por un coletazo del azar, condenadas a sumergirse en el océano.

Yendo a gatas, el individuo consiguió llegar hasta donde se

hallaba el cable colgando de la escotilla. Se agarró a él, y con movimientos precipitados comenzó a subir. Llegó al fin al rectángulo de la escotilla.

Apenas asomó al exterior, le recibió un azote de agua. Al inclinar la cara para restregarse los ojos en un brazo, reparó en que en el fondo de la bodega seguía encendida la lámpara automática, balanceándose en un trozo de cuerda.

Otra embestida del mar le hizo fijar la atención en rededor. Parecía inconcebible que aún no se hubiera producido el hundimiento. Apenas si emergían unos metros del buque. Pero lo más extraño era la estabilidad en que ahora se mantenía la nave. La inundación en distintos compartimientos se había producido de forma que el barco había adquirido en aquella posición un equilibrio tan perfecto, que resultaba un sarcasmo.

El individuo sabía que aquello no podía durar mucho. En un momento dado, en un abrir y cerrar de ojos, la nave desaparecería.

Se ajustó el chaleco salvavidas, y se deslizó hacia el agua. Allá delante, en la oscuridad, creyó ver imprecisas sombras que le sugerían la silueta de algún bote, atestado de gente; cabezas que emergían apenas, alineadas por un grueso y largo madero. Creyó percibir de vez en cuando la angustiada voz de alguien que pedía auxilio...

Un trozo de arboladura flotaba cerca de donde se hallaba el individuo, quien aún no se había decidido a soltarse de la nave. Lo hizo entonces, arrojándose sobre aquel providencial tronco. Y tan pronto lo hubo rodeado con un brazo, con la otra mano se tanteó el pecho. Sí, bajo la coraza del chaleco salvavidas, notó el trozo de tabla arrancada a la caja...

Entonces, empezó a remar con los pies, con el fin de apartarse lo más posible del área del barco. Quedó engullido por la oscuridad...

* * *

La lámpara servía al hombre de incentivo para arrastrarse hacia aquel lado de la bodega. El brazo izquierdo apenas podía moverlo; el trompazo recibido en la cabeza todavía le tenía medio aturdido. Pero el cono de luz, agujereando aquel rincón de la nave, parecía estar indicándole el punto donde debía situarse. Cada movimiento del barco, era un fragor de máquinas que chocaban unas con otras.

Oía el estruendo de aquellos motores escapados de su cárcel de madera, y se le antojaba una rebelión de las máquinas ante el próximo y borroso fin.

—¡Bien, Fred! ¿No querías acompañar a tus motores? —dijo el individuo, con voz ronca, un quejido mal disfrazado por el fuerte dolor que en aquellos momentos le estaba produciendo el brazo—. ¡Ahora tus motores te despedazarán...!

Rio, con sangrienta burla a sí mismo. Si a Fred Williams, ingeniero aeronáutico, le hubieran dicho dos semanas antes que su fin lo iba a encontrar en la maloliente cueva de un viejo barco de transporte, en ruta hacia la histórica e incomprensible Europa, hubiera prorumpido en carcajadas.

Dos semanas antes, la guerra de Europa no tenía para él más significado que una prodigiosa oportunidad para poner en práctica cosas que en otro tiempo no hubieran pasado del sueño. La guerra en el viejo continente era una espuela en la inventiva, ya de sí desbocada, del yanqui.

Aquel viejo buque llevaba en su vientre el producto de muchos años de cálculos del audaz ingeniero Fred Williams. Allí estaba su rapidísimo motor de aviación, que en tiempo de paz solo había despertado escepticismo.

Pero el rulo de la guerra hacía ya casi dos años que estaba apisonando a Europa. Los Estados Unidos, aunque confiando que en aquel conflicto permanecerían al margen, aceleraban el ritmo de sus fábricas y reforzaban su ejército.

El motor de Fred Williams hubiera sin duda permanecido archivado, a no ser porque la guerra dio un golpazo en el ventanal de la dirección, rompió los cristales, y en la tolvanera de papeles que levantó, vino a poner los planos de Williams en las mismas narices del ingeniero jefe.

Allí estaba el sueño de Fred convertido en realidad de acero, camino de Europa. El mismo se había ofrecido para acompañar la expedición, y dirigir el montaje sobre los pequeños aparatos que debían hacer frente, junto con los «Spitfire», a la potente *Luftwaffe*, en el cielo de Inglaterra.

Una granada lanzada por un submarino alemán había estallado en la sala de máquinas, y la realidad de Fred Williams pareció que de nuevo quedaba convertida en sueño. Esa fue, por lo menos, la primera sensación que experimentó al ver que el buque zozobraba. No se le ocurrió pensar que otras naves llevaban también esta preciada «mercancía».

Era este buque el que llevaba el grueso de la partida. Fred había estado imaginando, desde mucho antes de que el convoy abandonara el último puerto americano, el instante en que un centenar de cazas, o tal vez doscientos, despegasen del suelo inglés

para lanzarse como rugientes flechas contra los «Junkers» y los «Messerschmitt».

Aquella granada disparada tal vez sin apuntar, contra un convoy de más de veinte unidades, vino a dar precisamente en aquel barco, en el que transportaba su sueño.

En el primer momento de la catástrofe, pareció querer seguir la tradicional actitud del capitán corriendo la suerte de su nave.

Se quedó de los últimos. El creía que el último. Sin saber en realidad lo que hacía, se había dirigido a los camarotes contiguos al del capitán. Uno de ellos había sido ocupado por Fred y el segundo oficial de a bordo.

El estallido le había cogido sobre cubierta. Pudo muy bien ser de los primeros en abandonar el buque. La depresión de los primeros momentos le mantuvo inmóvil, con las manos crispadas sobre la borda, mirando con ojos secos el bronco mar, encendido de cañonazos.

No advirtió que el barco se inclinaba, y que en torno se producía el tumulto. Como un autómatas fue apartándose de la borda, metiéndose en los sitios menos concurridos, con unos incontenibles deseos de llorar. Se dio cuenta de pronto de que el barco parecía abandonado. Había cesado el trajín de figuras pasando veloces, vociferando, y dando saltos grotescos para zambullirse en el mar.

Súbitamente pensó en alguien que tal vez hubiese quedarlo en el camarote. Se dirigió allí, sin saber si en realidad le interesaba lo que al ocupante de uno de aquellos camarotes le hubiera podido ocurrir. Cuando llegó al sitio, halló la puerta abierta, bamboleándose a la oscilación del buque. No encontró a nadie.

Volvió a cubierta ya con la decisión de lanzarse al agua. Una decisión nacida de repente, que no parecía producida por él mismo.

Fue entonces cuando se acercó a la escotilla para dirigir una última mirada a aquel pozo negro en cuyo fondo reposaba aquel potencial aéreo, en ningún momento tan valioso como ahora en que definitivamente podía darse por perdido. La lanza de luz que abajo se movía escrutando las cajas, hizo que los ojos de Fred Williams perdieran su brillo. Y cuando sus manos tropezaron con el cable tendido al fondo de la bodega, empezó a descolgarse, obedeciendo a una necesidad incontenible...

El encontronazo con el desconocido fue demasiado rápido para que Williams pudiera ahora conjeturar qué interés había llevado a aquel individuo a la profundidad de la bodega, en instantes en que la pérdida de un segundo equivalía a anular toda posibilidad de salvación.

—¡Bien, Fred! ¿No querías acompañar a tus motores?...

De buena gana hubiera soltado una estentórea carcajada, pero el fuerte dolor en la nuca se lo impidió. Sentía en el cuello un cosquilleo cálido y húmedo. Sabía que en el occipucio tenía una herida. Intentó taponársela, pero al ir a apartar la mano derecha del costillaje de la nave, al que se aferraba para mantenerse alejado del final de la rampa, el brazo izquierdo le recordó con fuertes dolores que cedería si dejaba a su cargo todo el peso del cuerpo.

Fred tuvo que desistir. Sabiendo que se desangraba, sin saber concretamente por qué quería llegar hasta donde estaba la lámpara automática, que colgaba de un trozo de cable, fue subiendo, en angustiosos esfuerzos.

Llegó al fin, y apuntalando los pies en una cuaderna, consiguió mantenerse sentado. Alcanzó la lámpara, y sin desatarla, la puso en dirección contraria. La parte baja de la rampa apareció con su sensación de catástrofe. Las cajas reventadas; relucientes bloques de acero mezclados con trozos de madera, deslizándose a un lado y otro, lanzándose como arietes contra los costados del buque.

¿Cuántos segundos quedaban para que todo terminara? El mismo estaba colaborando con el azar, para que el final tuviese un sentido más amargo y grotesco. ¿Para qué diablos mantenía la luz encendida? ¿Para ver la danza de los motores? ¿Para no perder de vista el cable que colgaba de la escotilla?

Todo contribuía a que la situación resultase de la más sangrienta ironía. Allí estaban sus motores, rompiéndose a la vista de él, en aquella horrida cueva; allí estaba el cable balanceándose, invitándole a la salida; y allí estaba también su brazo izquierdo dislocado, recordándole con su persistente dolor que todo intento de escapar por sus propios medios sería inútil.

Tenía que esperar a que se produjese otro estallido en la sala de máquinas, o que la boca de la escotilla se pusiese más a tiro de las olas.

Fred Williams hundió la barbilla en el pecho. En ambas mejillas sintió un leve cosquilleo. Algo salobre humedeció sus labios. ¿Agua de mar? ¿Lágrimas?

Sí. Fred Williams, el hombre fuerte, de tenacidad incommovible, lloraba ahora en silencio, al ver que lo más nimio había bastado para truncar su destino.

Ahora que analizaba lo ocurrido en los últimos minutos veía que, no obstante la importancia que pudiera tener el que aquel barco hubiese sido alcanzado por los proyectiles enemigos, nada había entonces irremediable. Fácilmente hubiera podido saltar a

cualquier bote salvavidas. Los barcos de guerra que servían de escolta, a estas horas estarían dando bordadas explorando el área donde se habían producido los hundimientos.

¿Por qué en el momento más crítico había sentido deseos de volver a los camarotes? ¿Qué podía importarle lo que a uno de sus ocupantes pudiera haberle ocurrido? Dos días antes va hizo por esa persona cuanto estuvo de su mano. Se dio un buen remojón por sacarla del agua, y luego resultó que ese náufrago sabía nadar tanto como él, y, a buen seguro, la elasticidad de sus miembros era muy superior a la de Fred.

A ese pasajero le achacaba Williams su situación actual. Sin aquella incursión a los camarotes, no hubiera visto al regreso la luz en la bodega.

Lo que aquel individuo pudiese estar buscando en las cajas, lo veía ahora claro. Algún individuo de la tripulación que, pese a la guerra, necesita e dedicarse al contrabando para que su viaje tuviera algo de interés. En el momento, de la estiba habría aprovechado una de aquellas cajas para esconder su «mercancía»...

Pero ¿y si el juego no fuese tan inocente? ¿Y si se tratase de un elemento al servicio del enemigo?

Ahora fue cuando Fred soltó la carcajada, a pesar del dolor en la nuca y en el brazo. Una carcajada brutal, de verdadero loco.

—¡Sea lo que sea, te fastidiarás! —dijo con ronca voz—. ¡Dentro de unos segundos tú, tus motores, y tus cábalas policíacas os iréis al diablo! ¿Te parece bien, Fred Williams?...

De nuevo prorrumpió en risas. Seguía con la barbilla pegada al pecho, sentado y recostado contra una caja sujeta con cables, sosteniéndose en el declive con los pies apoyados en una cuaderna. Tenía decidido que tan pronto el agua empezase a entrar en el sollado, apartaría los pies del costillaje de la nave, y se dejaría llevar por la pendiente para mezclarse en el revoltijo de bloques de acero, a fin de que fuesen precisamente «sus» motores quienes terminasen con él.

Notó que en el suelo había más luz. Cualquiera diría que la lámpara, pronta a extinguirse, echaba el resto.

Pero al levantar la cabeza se dio cuenta de que el resplandor venía de arriba. La escotilla era un cuadrilátero abierto a un día rabiosamente iluminado.

Enseguida dedujo que se trataba del reflector de algún barco de guerra, situado cerca, recogiendo a los náufragos. ¿Saltaría alguien sobre el viejo casco?

Fred Williams empezó a dar voces. Pero era imposible que le

oyeran, con el estruendo que producían los embates del mar en la nave.

Desalentado, desistió de dar voces. Y fue entonces cuando le pareció oír sobre cubierta pasos precipitados. Iba a gritar de nuevo, cuando en el cuadro de la escotilla vio asomar una cabeza:

—¡Señor Williams! ¡Espere unos momentos!... ¡Vamos por usted!

Ya en lo sucesivo, siempre que Fred evocase esta amarga hora vería abarcándolo todo, el marco de la escotilla, fuertemente iluminado, en el que aparecería el busto de una grácil figura, con una cabeza de cabello rubio y revuelto que la luz del reflector parecía convertir en llamas.

Aquella figura, al descender por el cable, pareció estar jugando más que realizar un acto difícil y lleno de dramatismo. Al mismo tiempo que descendía, tendía otro cable.

De un salto se situó donde estaba Fred.

—¿Está herido? —preguntó.

Era una voz limpia, juvenil, expresándose en un inglés graciosamente deformado.

—No puedo valerme de un brazo —respondió Williams, desalentado—. ¿Por qué ha bajado usted? ¿Hay alguien arriba?

—¡Naturalmente!... ¡Vamos! ¡Déjese atar! ¡Apenas nos queda un minuto!

En unos segundos, Williams quedó sujeto por las piernas y por debajo de los sobacos.

El barco hacía unos instantes que había adquirido unos amenazantes movimientos. El sorprendente equilibrio mantenido hasta entonces se había roto, al saltar gente sobre el casco y empezar a maniobrar.

Alguien se asomó a la escotilla:

—¡Deprisa! ¡Esto se va!

—¡Salga usted, Gene! —apremió Fred.

—¡Sí! —respondió la muchacha—. ¡Hasta enseguida, señor Williams!

Se agarró a los dos cables, y sin que al parecer aquello le costara esfuerzo, empezó a ascender, con rapidez asombrosa. En unos segundos llegó a la escotilla. Se agarró al borde del cuadrilátero, y dando al cuerpo un movimiento de péndulo, saltó a cubierta.

Allí aguardaban dos marinos, dispuestos a tirar de los cables. Tan pronto salió la muchacha, los hombres entraron en acción. Con toda rapidez halaron a Williams. Tanto había escorado el buque por aquel lado, que el agua ya entraba en tromba en la bodega.

A muy corta distancia aguardaba un crucero. Varios reflectores pasaban sus haces de luz sobre el estremecido lomo del mar. Marineros uniformados tripulaban lanchas de salvamento, virando en todas direcciones.

Los dos marinos, Gene y Fred, se vieron sumergidos sin darse cuenta. Los cuatro se agarraron a un cable tendido desde una barca. De allá tiraron con fuerza. En aquel momento el barco daba una sacudida, y el agua abría una fauces inmensas, como queriendo devorar cuanto tenía a su alrededor...

CAPÍTULO II

Apenas se hizo de día salió del camarote. Le habían recomendado reposo, pero sus nervios no le permitían estar quieto. Demasiadas cosas le esperaban fuera.

Le habían destinado uno de los camarotes de la oficialidad en el barco de guerra, lo mismo que hicieron en el barco mercante. En aquel convoy inglés, Fred Williams era un pasajero de honor. Se sabía cuál era su misión en Inglaterra, y todos se desvivían por atenderle.

Hasta después del percance, Williams no tuvo idea de cuánta importancia se le concedía. No se hinchaba por ello. Sabía demasiado que no era una distinción otorgada a él, a su capacidad técnica, si no a lo que representaba.

Los Estados Unidos eran neutrales. Eso no impedía que moralmente se sintieran ligados a la Gran Bretaña. Aceleraban su producción con los ojos fijos en Inglaterra.

Fred Williams era una prueba de la adhesión yanqui. El Departamento de Defensa no había vacilado en ofrecer a los ingleses las primicias de aquel motor, y delegar al propio inventor para dirigir el montaje en el mismo campo de batalla.

Cuando Fred, en compañía de Gene, pisó la cubierta del crucero, el capitán ya estaba esperándole.

—¡Por favor, señor Williams! ¿Cómo aceptó usted viajar en un mercante?

El marino parecía muy apurado. En el momento del hundimiento había recibido del barco insignia un radio notificándole quién iba a bordo.

—¡Incomprensible!... ¡Hemos estado a punto de sufrir una gran desgracia...!

Afortunadamente, en el sitio en que se desarrollaba esta escena había penumbra. Esto hizo que Fred se sintiese menos confuso. Tenía a su alrededor un corro de marinos, ante los que el yanqui, por algo todavía indefinible, se sentía inferior. Aquellas atenciones le abrumaban.

Habían desaparecido tres barcos. Al poco de separarse de la costa, habían tenido ocasión de presenciar los efectos de otros hundimientos. Gene, la ágil muchacha que le acababa de salvar, era uno de esos primeros náufragos.

Todo esto cogía a Fred de sorpresa. Hasta hacía muy poco, su vida se había desarrollado en un círculo bien modesto. Procedía de una familia de obreros. Su título de ingeniero lo había conseguido a fuerza de privaciones. Nunca desmayó ante las dificultades que le salían al paso, porque se sentía seguro de que en su mente bullía algo que un día tendría oportunidad de surgir, para asombrar al mundo.

Pero nunca se le ocurrió pensar que esta oportunidad se le presentaría en medio de una colosal tragedia. Lo que él había proyectado como un medio de paz, una aceleración del contacto intercontinental, lo veía de pronto convertido en un instrumento de castigo.

En tanto le curaban, Fred siguió pensando en el vértigo con que se producían los cambios de situación. He aquí que en unos minutos se había convertido poco menos que en el eje del convoy.

Había otros heridos en el quirófano. Y otros que se llevaron en el momento de entrar Fred. La mayoría de ellos, además de heridos, presentaban graves síntomas de asfixia.

—Ahora, al camarote —dijo el doctor—. Procure no oír nada, y descanse...

No oír nada era bien difícil. Aquel crucero, junto con otros barcos de guerra, no cesaría de dar batidas en aquella zona infestada de submarinos.

Pero algo más que las sacudidas y el fragor de las andanadas iba a preocupar a Williams. Le interesaban los naufragos recogidos a bordo. ¿Se hallaría entre ellos el individuo de la bodega?

Comprendió que no era aquel el momento propicio para entrar en averiguaciones. Todos se movían deprisa, mudos, como obedeciendo a resortes mecánicos. La nave había emprendido una marcha veloz, para alcanzar al grueso del convoy. Lo hacía describiendo complicados zigzags y amplias bordadas.

Se dejó llevar al camarote. En el momento en que el oficial que le acompañaba se despedía, disponiéndose a cerrar la puerta, Fred pensó en la muchacha que tan valiosa ayuda le había prestado. Habían permanecido juntos hasta el instante en que Williams fue rodeado por la oficialidad del barco.

Preguntó por ella al marino.

—Se halla junto a otro naufrago. Un anciano, bastante malherido... Su padre, creo...

—No es su padre —repuso Fred.

—¿No?... La muchacha, desde luego, parece interesarse mucho por él... Gracias al interés de ella se salvó ese hombre... y usted,

señor Williams. La barca de salvamento ya había desistido de acercarse al buque...

Esa era una cuestión que Fred quería aclarar, planteándosela a Gene misma. ¿Es que ella sabía que Williams se hallaba en la bodega?

—Según me parece haber oído —prosiguió el oficial—, tanto el viejo como la muchacha son náufragos recogidos por su buque, al poco de salir de puerto.

Fred asintió. A las aguas territoriales de América llegaban ya las embestidas de los submarinos. Hacía poco que los Estados Unidos habían extendido su Zona de Seguridad hasta una línea que cubría todo el Atlántico Norte, a partir de la longitud 26.º oeste. Esa era actualmente la frontera marítima de Norteamérica.

Gene y el viejo eran los pocos supervivientes que habían quedado de un barco que, procedente del Brasil, se dirigía a La Habana.

—Son artistas de circo —explicó Fred—. Creo que voy a estar muy agradecido a la elasticidad de esa muchacha...

—¡Sin duda, señor Williams! —rio el oficial.

Fred quedó solo, echado en su litera. Queriendo seguir el consejo del doctor, decidió no pensar en nada, y dormir. Ya se hallaba amodorrado, cuando lejanos cañonazos le despertaron.

Despierto se mantuvo toda la noche. El brazo ya había dejado de dolerle, lo mismo que la herida que tenía en la cabeza. Pero las ideas cada vez eran más punzantes...

Apenas amaneció, decidió levantarse. Al abrir la puerta vio al final del pasillo a un marinero de guardia. Fred se dirigió a él.

—Deseo ir a cubierta. ¿Puedo hacerlo?

El marinero le miró, extrañado:

—Desde luego, señor...

Pero en cubierta apenas se podía estar. Había mar gruesa, y soplaba un viento gélido. A estribor se veían nubes muy bajas. Fred estuvo unos momentos mirando en aquella dirección. Pingajos de niebla llegaban a ras del agua. Perdidas en aquella masa gris debían de hallarse las distintas naves que componían el convoy.

Al segundo año de guerra, los convoyes británicos aún no habían podido conseguir un margen de seguridad que les permitiera mirar el porvenir con optimismo. Los barcos que andaban entre 12 y 13 nudos habían sido separados. Al Almirantazgo se le había concedido prioridad para pedir todos los cañones antiaéreos de corto alcance, armas antisubmarinas y cuantos elementos de defensa pudiesen ser adaptados a los barcos mercantes. Mediante

catapultas y otros procedimientos improvisados, muchos barcos podían lanzar aviones de caza contra los bombarderos enemigos. Y el radar, de día en día hacía más eficaz su acción.

Pero el enemigo no se dormía en la suerte. De día en día las rutas del noroeste se hallaban más pobladas de submarinos. El ataque por un sumergible aislado iba quedando en desuso. Ahora las embestidas se producían por manadas. A una señal convenida, de distintos puntos acudían a toda marcha un racimo de submarinos, daban el mordisco y se esparcían de nuevo.

—Las manadas de lobos andan cerca —dijo alguien, situado detrás de Fred.

El yanqui se volvió. Era el mismo oficial que la noche anterior le acompañó al camarote.

—El doctor le recomendó que no se levantara— lo recordó el marino.

—Me resulta insoportable permanecer encerrado.

—¿Lo molestan las heridas?

—¡Oh, no! Me encuentro perfectamente... Es, sin duda, la inquietud del momento. La falta de costumbre de verme en un barco en circunstancias como estas...

—Comprendo —murmuró el marino, entornando sus ojos hinchados—. Y le envidio esa falta de sueño...

Otra vez Fred se sintió pequeño por el hecho de hallarse entre unos hombres que ya llevaban dos años haciendo frente a una de las potencias más poderosas habidas hasta entonces.

—Y están ustedes solos —comentó, sin darse cuenta de que pensaba en alta voz.

—¿Cómo? —preguntó el marino.

Pero le entendió, sin necesidad de que el norteamericano aclarara sus palabras. El inglés sonrió.

—No tan solos como a primera vista parece. El hecho de que usted se halle en este barco, es una prueba de que alguien más que nosotros toma parte en la lucha...

Fred volvió a sentirse turbado. A punto estuvo, en un arranque de sinceridad, de declarar que la guerra apenas le había preocupado hasta entonces. En todo caso, solo en el sentido de que aquella contienda dejaba una puerta abierta a sus ambiciones. Lo que de trágico, lo que de dolor humano pudiese contener, apenas si había rozado su sensibilidad hasta la noche anterior en que presenció el cañoneo y vio saltar en pedazos uno de los barcos del convoy.

—Mire allí —indicó el marino, señalando en dirección de la bruma.

Se veía la silueta achatada de un barco de guerra. Su estructura y su velocidad daban la sensación de una enorme flecha que pasase rasante al agua.

—Es uno de los cincuenta destructores cedidos por ustedes —explicó el británico.

Había algo más que esa entrega valiosa. Se acababa de aprobar la Ley de Préstamo y Arriendó. Todo un arsenal tomaba el rumbo de Europa. Fred y sus motores eran parte de esa ayuda, aunque Williams, en plena depresión nerviosa, no se diese cuenta de ello. Desde hacía unas horas sentía unos escrúpulos de conciencia como si estuviese jugando sucio con la admirable gesta de aquellos hombres.

—Quisiera ver a la muchacha —dijo de pronto—. ¿Es oportuno el momento?

—Supongo que sí. Haré que le acompañen...

Un marinero le acompañó hasta el departamento en que se hallaban los náufragos. Junto a una de las literas vio a Gene, sentada a la cabecera.

El viejo Nadelin, compañero de trabajo de Gene, yacía con la cabeza vendada. La muchacha permanecía con las manos cruzadas sobre las rodillas y la cabeza un poco inclinada, adormecida.

De una de las literas salían angustiosos estertores. En el departamento percibíase un fuerte olor a éter.

Faltándole pocos pasos para llegar hasta donde estaba la joven, Fred vaciló. Quizá en toda la noche la muchacha no había dormido, y era este el momento en que empezaba a descansar.

Decidió marcharse. Precisamente en ese instante Gene levantó la cabeza.

—¡Señor Williams! ¿Qué hace usted aquí?

Nada más natural que él se interesara por quien tanto le había ayudado. Pero quizá precisamente por ello, no encontró la respuesta. De nuevo se sintió abrumado. Nunca como en este momento le resultó más mortificante el trato de favor que en el barco se le daba. ¿Por qué estaba esta muchacha aquí, entre tanta gente?

Gene pareció adivinar su pensamiento.

—Me han destinado una cabina, cerca de la suya...

Pero no me he atrevido a dejar solo esta noche al viejo...

—Porque eres testaruda. Gene —replicó el herido—. ¡Buenos días, señor Williams! Otra vez como el primer día...

El viejo Nadelin rio, mostrando una boca sin dientes. El primer día que se conocieron, el viejo tuvo que ser vendado de una pierna,

y el pecho. Fred fue uno de los que se lanzaron al agua para recogerles, a él y a Gene. Pero esto él ya lo veía tan lejano, que tenía la sensación de que era otro, y no él quien había intervenido.

Gene, sin embargo, lo tenía muy presente. Cuando el yanqui empezó a darle las gracias por la ayuda prestada por ella horas antes, la artista le interrumpió con un ademán, lleno de vivacidad.

—¡No diga tonterías! Yo le debía un remojón, y necesitaba pagárselo... Dígame cómo se encuentra del brazo. Eso interesa más.

—Bastante mejor... Pero hay algo que me interesa enormemente aclarar.

Fred, antes de proseguir, miró en torno. ¿No sería cualquiera de los heridos echados en aquellas literas, el individuo en cuestión?

—Lo dejaremos para ocasión más a propósito.

Gene entornó sus grisáceos ojos.

—Como usted quiera, señor Williams... Aunque sospecho lo que usted quiere saber.

En aquel momento se produjo una sacudida. Fred vaciló. De pronto, pareció que las planchas del barco se convertían en finos cristales que vibraran a la menor presión.

Primero fue solo un estallido. Luego, cuatro disparos a la vez. Enseguida otros cuatro.

A excepción de las armas antiaéreas, todas las demás habían entrado en acción.

A los pocos segundos, ya no era solo el crucero quien disparaba. Otros estallidos menos potentes se oyeron por estribor. Quizá los destructores, o los mismos mercantes, agregaban sus cañones de pequeño calibre a aquel fragor.

Fred y Gene permanecieron unos momentos suspensos. El rostro de la muchacha devino pálido.

—¿Nos preparamos para otra zambullida, señor Williams? —preguntó, con amargo humor.

Fred se echó a reír.

—Me guardaré muy bien de separarme de usted, Gene... bus condiciones de nadadora eran muy superiores a las mías, aun cuando me respondían los dos brazos...

En las literas, casi toda la gente se había incorporado. Algunos llegaron a saltar del lecho, afanándose por sujetar sobre los miembros vendados el chaleco salvavidas.

El fragor del combate aumentaba por momentos, y esto hizo que en el departamento de los heridos el pánico se adueñara de la mayoría. En vano Fred y Gene pugnaron por restablecer el orden. Afortunadamente apareció un oficial, seguido de unos cuantos

marineros.

Su presencia cambió enseguida la situación. Los heridos volvieron a sus literas. El oficial explicó que no sucedía nada que temer.

Se había localizado a dos submarinos, obligándoles a salir a la superficie. Su caza era segura...

Esto hizo que muchos sintieran deseos de asomarse a cubierta. El oficial accedió, siempre que no rebasaran el sitio que él les señalara.

Fred pensó que desde la parte en que se hallaba emplazada su cabina podían ver perfectamente el espectáculo.

—¿Me acompaña, Gene?

—¿Cómo chaleco salvavidas, señor Williams? —preguntó la joven, rompiendo a reír.

—Tal vez... Pero suprima lo de «señor Williams». Me resulta tan molesto como el dolor del brazo. ¿Vamos?

La muchacha hizo el cambio sin ninguna dificultad.

—Como quiera, Fred.

—Así está mejor...

Sin necesidad de salir a cubierta, pudieron llegar al corredor donde se hallaban las cabinas del yanqui y la artista. Cada disparo de las baterías repercutía en el pasillo con un estruendo insoportable. Gene y Williams tuvieron la sensación de que millares de martillos les golpeaban el cerebro.

Fred se adelantó para subir por la escalerilla que había al final del corredor, y que conducía a cubierta, pero halló la salida cerrada. Volvió a dónde estaba la muchacha y aprovechando una pausa de los cañones le indicó la conveniencia de meterse en una de las cabinas.

Gene asintió. Se metieron en el departamento de la joven. Gene apenas había estado en él unos minutos, la noche anterior. El tiempo preciso para cambiar de ropa. Vestía indumentaria masculina. Su vestido, salvado del primer naufragio, había quedado en el buque mercante. Estaba graciosa con el pantalón de marino, tal vez un poco ancho, y el ajustado jersey, de cuello cerrado. Contorneábase su busto en trazos llenos de juventud y belleza.

Fred se quedó unos momentos contemplándola tan embebido, que ella se dio cuenta. Esto pareció alegrarla.

—Siéntese, Fred.

—¿Sentarnos? Lo que hay que hacer...

Abrió la ventanilla y quedó unos momentos mirando afuera.

—Desde mi camarote se verá mejor —dijo, y se dispuso a salir.

—¿De veras le interesa ver la cacería? —preguntó ella, dirigiéndole una risueña mirada.

—¿A usted no?

La joven se encogió de hombros.

—Quizá se trate de los mismos submarinos que hundieron su barco...

—No era mío, Fred —replicó ella.

No era aquella la ocasión más propicia para bromear. Tampoco en Gene se notaba intención de hacerlo. No obstante, su réplica sí que lo parecía.

—Pero, ¿es que no siente lo ocurrido? —preguntó Fred, sorprendido.

En el barco hundido frente a la costa americana iban los compañeros de trabajo de Gene y el viejo Nadelin. Cuando el convoy los recogió, se ignoraba si ellos eran los únicos supervivientes. Suponían tollos que los pequeños *cúters* que hacían el servicio de guardacostas habrían recogido a algunos. Pero era solo una suposición. La duda debía de estar amargando a la muchacha.

—Me preocupa poco cuanto ha acontecido —respondió, con súbita frialdad.

—¿Cómo es eso, Gene?

—Hay instantes en que me parece que aun ocurre poco. Celebro infinito que los submarinos se acerquen a América. Quisiera que sus zarpazos llegaran a las más ocultas ciudades. ¿No ha sospechado usted que yo pueda detestar a las personas que hacen una digestión tranquila, en tanto medio planeta se despedaza?

Y en los ojos grises habíase encendido un extraño fulgor. Con aquella indumentaria, la melena algo revuelta, parecía un muchacho metido en un juego que le enardeciera.

—Y entre las personas que más detesto, están ustedes —terminó.

—¿Por qué?

Pero Williams había captado bien el significado de aquella repulsa. Era lo mismo que de una manera contusa había estado atormentándole hasta aquel momento.

Más por el hecho de oírlo de boca de un extraño, se sintió dispuesto a una acalorada defensa.

—¡Mi país hace demasiado! ¿Qué diablos nos importan las rencillas de Europa?

En los linos labios de la joven se dibujó una amarga sonrisa.

—Ya lo sé.

La puerta del camarote se hallaba abierta. Fred, evidentemente

malhumorado, salió al pasillo. La muchacha iba a seguirle.

Pero en aquel momento Williams volvió la cabeza para mirar al extremo del corredor por dónde habían venido. Solo tuvo tiempo de agacharse y lanzarse de cabeza en el camarote, arrastrando consigo a Gene.

En el mismo momento, en la plancha que revestía la jamba izquierda de la puerta, se producían dos leves chasquidos. Uno de los plomos fue a dar de rechazo contra los brazos de un pequeño sillón que había en el camarote.

Fred y Gene habían ido a dar contra uno de los tabiques. La muchacha, cogida desprevenida, fue la que cayó. Pero Williams no se entretuvo en levantarla. Corrió a la puerta e hizo como que la cerraba, manteniendo solo un resquicio por dónde poder mirar.

A nadie se veía en el pasillo.

—¡Gene! ¡No salga de aquí!

Dicho esto, salió, cerrando la puerta. Los cañones del crucero hacía ya unos instantes que habían callado, pero se oía un nutrido fuego de ametralladora. De pronto, el silencio quedó restablecido.

Fue en el momento en que Fred llegaba al departamento de los heridos. En aquel instante allí llegaba la noticia de que uno de los submarinos había sido hundido, y parte de su tripulación capturada.

Nada de esto oyó Williams. Miraba a todos aquellos hombres con sed de hallar un indicio que le orientara. Para llegar allí había cruzado varios corredores, se había tropezado con algunos marineros de guardia. Cuantas preguntas había hecho, fueron vanas.

En realidad, se había limitado a preguntar si habían visto pasar a un hombre enfundado en un chaquetón azul y una gorra de plato, con visera, echada sobre los ojos. Aparte de que ninguno de los que se hallaban de vigilancia había visto a nadie por su lona, los detalles que señalaba Williams eran bien vagos. El chaquetón y la gorra eran prendas demasiado comunes para designar a nadie.

El momento era, además, de demasiada excitación para que nadie hubiese podido reparar en un individuo que seguramente habría hecho lo posible por no llamar la atención. La mayor parte de los heridos que podían valerse de sus fuerzas se hallaban cerca de la escalerilla que conducía a cubierta, entregados a apasionados comentarios.

Fred decidió volver al camarote. No quiso siquiera acercarse a dónde estaba el viejo Nadelin. Temía que el agresor se hubiese quedado apostado en alguna de las cabinas inmediatas a la de Gene,

y aprovechase el momento para repetir la agresión.

Porque, súbitamente en él había surgido la convicción de que los disparos iban exclusivamente dirigidos a la muchacha. De lo contrario, al desconocido individuo le hubiera sobrado tiempo de vaciar todo el cargador sobre la cabeza de Fred. Era seguro que cuando el yanqui lo descubrió, el otro ya estaba preparado. La mano que empuñaba el arma la llevaba metida en el bolsillo del chaquetón. Ello no impidió nada para que Fred «viera» lo que se proponía hacer...

Echó a todo correr hacia el camarote. Encontró a Gene sentada en el sillón rozado por una de las balas. La muchacha lo vio aparecer tranquila; como si Williams regresase de una gestión sin importancia, o que nada tuviera que ver con ella.

—¿Tampoco esto le preocupa, Gene? —preguntó el yanqui, mirándola fijamente.

—No mucho. ¿Por qué?

Fred, en un ramalazo de nervios cerró la puerta de golpe.

—Vamos a ver: ¿Qué es lo que usted deduce de esto?

La muchacha cabalgó una pierna sobre la otra, y la que quedó encima se puso a balancearla.

—Creo que está bien claro, Fred: Han querido asustarnos.

—¿Asustarnos? ¡Tiraban a dar, muchacha!

En los labios de Gene se trazó una sonrisa escéptica.

—Más concretamente: Trataban de eliminar a usted...

—No creo. Todo lo más asustarme.

Williams se colocó delante de la joven. Le cogió un brazo y presionando en él exclamó:

—¡Gene! ¡Su «tranquilidad» está resultando muy interesante!

—¿De veras? Lo celebro. Por usted principalmente, porque si he de decir la verdad, pocas cosas interesantes espero que me reserve este viaje.

Aquel viaje, rumbo a Europa, lo había decidido el azar. Pero ahora Fred recordaba que cuando ella y Nadelin fueron recogidos, al notificarles que no podían radiar ningún aviso, por hallarse en zona peligrosa, y que por lo tanto tendrían que seguir en el convoy, Gene no se mostró muy contrariada. En realidad, casi se alegró. «¡Europa!», fue su única exclamación. Y sus ojos grises se quedaron mirando a la lejanía, captando del mar matices verde-azules.

—¿Por qué cree que han querido asustarla?... Pero no, espere un momento. Hay algo que me interesa más. ¿Cómo fue que me halló usted en la bodega?

Otra vez la muchacha sonrió.

—Yo sabía que usted se encontraba allí.

—Ah, ¿sí?... En un momento como aquel, en que cada cual no pensaba más que en un agujero por dónde poder escapar, usted se entretiene en buscar individuos a quienes apenas conoce y que además *detesta*.

—Ahí verá...

La tranquilidad con que la joven encajaba los golpes acabó de irritar a Williams.

—¿Se da usted cuenta de que lo que estamos tratando roza algo de mayor importancia que nuestras propias vidas?

—¡No diga tonterías, Fred! Nada tiene más importancia que la propia vida... Los de su país lo saben perfectamente.

Por segunda vez le asestaba ella el mismo golpe. Pero a Fred le faltaba la tranquilidad de nervios, la magnífica indiferencia de la joven artista.

Iba a replicar con una violenta frase, con un sangriento sarcasmo con que herir no ya de una manera vaga a toda Europa, sino al país del que Gene decía proceder: a Francia, que había abandonado la escena cuando la tragedia no había hecho más que empezar. Pero se dio cuenta de que aquello solo conduciría a dejar al margen la cuestión que le importaba.

—Quiero que me aclare cómo sabía usted que yo me bailaba en la bodega —dijo, en tono grave, pero lleno de energía.

—Le vi entrar —respondió, sencillamente.

Ahora fue él quien adoptó un gesto de franca burla.

—¿Nada más? ¿Cree usted que basta con eso?

—Le vi cómo se descolgaba a la bodega. Lo mismo que momento antes, al poco de empezar el buque a zozobrar, le vi llegar a mi camarote...

Williams, que tenía decidido mostrarse imperturbable, no pudo evitar un gesto de asombro.

—Eso fue muy hermoso por parte suya, Fred... Los ojos grises le miraban con un brillo extraño.

El mismo brillo que Williams sorprendió en ellos en el instante en que Gene exclamaba: «¡Europa»!

—Yo me hallaba en el camarote de Nadelin. El viejo no podía moverse, y me pedía que le dejara... El representa en mi vida algo más que un padre. Era, además, el único compatriota que se encontraba a bordo... Decidí correr su suerte. El viejo cree que porque soy joven, tengo más fe que él en el futuro...

Por primera vez, Fred vio en la tersa frente de Gene unas profundas, dolorosas arrugas.

—En estos últimos años hemos dado muchos tumbos, Fred... Y ni siquiera nos cabía el consuelo de volver a nuestra patria. Nadelin y yo ya no tenemos patria. Ni familia... Ni amigos. Lo hemos perdido todo... Tal vez le extrañe saber que un hecho tan sencillo como el que usted se acercara a mi camarote en momento en que todos huían, fue el que determinó que usted, Nadelin y yo nos encontremos aquí...

Se calló unos momentos. Williams le miraba, cada vez más intrigado.

—Quizá no me hubiera movido del lado de Nadelin... El verle a usted, me animó: «¡No estamos solos, Nadelin!» Corrí tras de usted, para solicitar su ayuda. Quise llamarle en el momento en que usted se descolgaba a la bodega. Cuando me asomé, usted ya se había enzarzado con alguien que se hallaba abajo...

—¿Vio quién era? —inquirió el yanqui, casi sin voz.

—No... Enseguida me arrojé al agua. Había visto unos botes que intentaban acercarse al buque. Fui al encuentro de ellos para asegurarme de que no se alejarían antes de recoger a ustedes...

Se produjo un silencio. El norteamericano esperó unos momentos, lleno de ansiedad, a que ella continuara. Pero Gene parecía haber terminado, o sentirse cansada.

—Estoy esperando que prosiga —pidió él.

—Cuanto pueda decirle lo sabe usted ya.

—Me interesa lo que se refiere al individuo que luchó conmigo... Cuando usted apareció, él ya se había marchado. ¿No le vio usted?

—No —respondió ella, sin la menor vacilación.

Fred permaneció unos instantes observándola fijamente. Y de pronto, en un ademán de impaciencia, declaró:

—¡No la creo!

Aguardó aún a ver si ella reaccionaba. Pero Gene había vuelto a adoptar su actitud tranquila, indiferente.

El norteamericano comenzó a pasearse. El espacio era tan reducido, que a los pocos pasos tenía que girar. Aquello le cansó enseguida.

—Es usted misma quien parece empeñada en que no la crea... Esa «tranquilidad» suya es falsa. ¡Usted sabe lo que él se lleva entre manos!... ¿Por qué no habla claro? ¿Es que teme una represalia?

Si ella hubiese negado con calor, Fred se hubiera sentido más firme. Pero la muchacha siguió imperturbable, con aquel aire cansado que la alegría de su rostro, la vitalidad de su hermoso cuerpo, no conseguían horrar.

—A estas alturas, ya no temo nada, Fred. No pienso luchar

contra los acontecimientos... Ahora nos encaminamos a Europa, y si conseguimos llegar, me encontraré de nuevo con el problema de tener que seguir rodeada de mezquindades, sin tener fe en nada...

Williams se sintió impresionado, a pesar suyo. En vano intentaba defenderse pensando: «¡Es una parodia más de circo!» La veía hermosa, fuerte, con sobradas condiciones para dominar todas las adversidades con el mismo aire de juego con que subía y bajaba por un cable y braceaba en un mar convulso. Aquel cansancio, aquella actitud fatalista no le iba...

Y sin embargo, todo parecía verdad. Un momento en que su mirada se cruzó con la de ella, leyó en sus ojos tal angustia, tal expresión de derrota, que Williams sintió que la cuestión que había estado preocupándole hasta este momento, pasaba a segundo término.

—¿Qué es lo que le ocurre, Gene?

Había calor humano en la voz del yanqui. En su mirada. En la actitud que adoptó al inclinarse sobre ella y acariciarle el cabello.

—¿Por qué no se confía a mí? Quiero ser su amigo...

Temió que ella fuera a prorrumpir en carcajadas de burla. ¿De cuántos hombres no habría oído esta misma frase? Pero se encontró con que Gene le miraba conmovida.

—¡Lo sé, Fred!... ¡Y de veras quisiera ayudarle!... Pero me es imposible...

—Ahora no me estoy refiriendo a mi asunto, sino a usted. A su vida... ¿Qué ha podido ocurrirle para sentirse tan amargada?

En aquel momento golpearon la puerta del camarote.

—¿Señor Williams? —preguntó alguien fuera.

Fred reconoció la voz del oficial que le llevó al camarote la noche anterior. Abrió la puerta.

En el corredor aguardaban dos oficiales británicos. Uno de ellos era el doctor.

—¿Viene a amonestarme, doctor? —preguntó el yanqui, sonriendo—. Perdóneme. El espectáculo era demasiado interesante para perdmelo... ¿Cayó también el otro submarino?

—Nada de eso. Se ha escapado lindamente —contestó el otro oficial.

—No buscaba a usted, señor Williams —intervino el oficial médico—. Sé que desde primera hora no ha estado usted en su camarote. Eso sería buena señal... si no temiéramos que algo muy importante le obliga a usted a permanecer fuera del lecho. ¿Le podemos ayudar en algo, señor Williams?

—La guardia nos ha comunicado que hace unos momentos iba

usted tras de alguien —agregó el marino, al tiempo que paseaba la mirada por el camarote.

—Sí, algo me ocurre. También afecta a la señorita —confesó Williams, decidido a que el asunto tomara un carácter oficial.

—¿De veras? —inquirió el doctor, mirando fijamente a la muchacha.

Esta se había puesto de pie. Junto a Fred, parecía más aniñada, más frágil.

—Desearía una entrevista con el capitán. ¿Será ello posible?

—Sin ninguna duda, señor Williams —respondió el oficial médico—. Y puesto que usted dice que ese asunto afecta también a la señorita, he de manifestarle que precisamente por algo relacionado con ella es por lo que ahora nos hallamos aquí. Antes de ver al capitán, desearíamos hacerle algunas preguntas... Tal vez le interese a usted oírlas, señor Williams.

—Seguramente sí —contestó Fred, mirando significativamente a la joven.

Esta, sin perder la serenidad, miraba interrogativa al oficial médico.

—¿Querrá usted decirnos, señorita, qué parentesco le une a su compatriota? —preguntó el doctor.

—¿A Nadelin? Ya lo dije anoche: ninguno... Pero son muchos años los que estamos juntos. Él ha cuidado mucho de mí...

Se interrumpió enseguida para hacer una mueca despectiva:

—Aunque es seguro que a ustedes no les interesa...

—Todo lo contrario —replicó el médico—. Nos interesa mucho conocer la unión que entre ustedes ha podido haber. Sabemos cuánto hizo usted anoche en beneficio suyo. Tengo entendido que en el primer naufragio, también gracias a usted se salvó ese hombre... Se ha pasado usted la noche, además, cuidando de él...

—¿Hay algo reprochable en ello? —preguntó, ron asomos de irritación, la joven.

—En absoluto. Por el contrario, es muy digno de admiración... Aunque existe una circunstancia... Por ello precisamente vengo a hablarle. Acabo de girar una visita al departamento de los heridos. Y he hallado a su compatriota bajo los efectos de una fuerte dosis de morfina... Nadie a mi servicio le ha suministrado esa droga. ¿Quiere decirnos cómo ha podido ocurrir?

—Yo he sido —respondió, tranquilamente, Gene.

—¿Quiere decir que trajo consigo esa droga? ¿Es que su compatriota es dado a ella? —inquirió el doctor.

La muchacha vaciló. Su semblante cambió sucesivamente de

expresión. Tan pronto parecía cohibida, como dispuesta a desafiar aquel interrogatorio.

—El viejo Nadelin nunca ha usado drogas. Yo, sí...

—¿Desde hace mucho tiempo? —preguntó el oficial, poniéndose delante de ella.

—Bastante... Desde que las cosas empezaron a ponerse mal para mí... y para mi patria... Esta madrugada no pude soportar el sufrimiento del viejo, y me decidí a calmarle.

—Es extraño... Porque las lesiones de su compatriota no revisten tanta importancia... En cuanto a usted...

Desde hacía unos momentos, el oficial médico no apartaba la vista de los ojos de Gene.

—... dudo que tenga el hábito de los tóxicos...

Dejó intencionadamente un silencio, tras el cual agregó el doctor:

—Le ruego que nos diga la verdad...



—¿Por qué no habló usted antes?

CAPÍTULO III

Pero era a lo que menos parecía dispuesta Gene. Así que vio que nada de lo que acababa de decir había sido creído, adoptó una actitud francamente hostil.

—¿Para qué me molestan? ¡Ustedes no tienen por qué meterse en mi vida privada! Nadelin y yo somos franceses, y no tenemos por qué acatar imposiciones de ustedes... ¡Échennos al mar, de donde nos sacaron! Lo preferimos todo a deberles nada...

Llameaban sus ojos. Diríase que antiguas heridas acababan de abrirse en el alma de la joven francesa, al soportar el interrogatorio de los dos británicos.

—¿Me han oído ustedes? ¡Échennos al mar!

Adelantaba el busto, con la cabeza levantada, como ofreciendo el cuello a una cuchilla. Se había vuelto impresionantemente pálida, y los músculos de su cara se hallaban en máxima tensión.

Los dos británicos habían dado un paso atrás, imperturbables. Miraron en silencio al americano. Este intentó coger un brazo de la muchacha:

—¿Por qué esto, Gene? ¿Qué es lo que le ocurre?

No llegó a tocarla, porque ella dio un salto atrás, y abarcando con la mirada a los tres hombres, les espetó:

—¡Yanquis! ¡Ingleses! ¡De la misma madera ambos!... ¡Por segunda vez han ensayado los látigos sobre la espalda de mis compatriotas! ¿Para qué va este convoy a Europa?...

Se quedó mirando a Williams:

—La guerra ha servido para que ustedes ensanchen sus fábricas. Producción en gran escala... que ustedes —ahora mirando a los británicos— se encargan de transportar para que otros hagan la guerra.

Las palabras de la joven francesa no resultaban por aquellos días demasiado insólitas. Esa acusación solía aparecer abiertamente en gran número de periódicos aliados. Australia, Nueva Zelanda, la Unión Sudafricana, la India, cuantos núcleos constituían la Commonwealth, contribuían con el máximo de sus fuerzas a la causa aliada.

Fred era quizá el único que se sentía afectado. De los tres hombres, él era el único que por primera vez veía de cerca al monstruo de la guerra.

Y al ver que la francesa envolvía a los dos británicos en la misma culpa que a él le atormentaba, exclamó, súbitamente enardecido:

—¡Eso es injusto, Gene! ¿Qué clase de mujer es usted?

El doctor miraba a ambos, sonriente, como si aquella exaltación no significara nada para él, o significara demasiado.

—La señorita teme decirnos la verdad... y al mismo tiempo desea decirla —dijo, en tono conciliador, el oficial médico—. Presiente usted que el asunto es grave... y no quiero ocultarle que lo es. Entre la ropa de los náufragos ha sido hallado un chaquetón y un chaleco salvavidas con bolsillos disimulados donde se han encontrado ampollas de morfina. No intente de nuevo hacernos creer que eso le pertenecía a usted. Estamos convencidos de que pertenece a algún tripulante del buque en qué viajaba el señor Williams, y en el que usted fue recogida. Alguien con el que usted y su compatriota entraron en relación en los días que viajaron juntos... ¿Quién es ese hombre?

Hubo un silencio. Gene seguía como una estatua.

—Lo que voy a decirles tal vez aclare algo el asunto —manifestó Fred—. Esperaba un momento oportuno para ponerlo en conocimiento del capitán...

Se interrumpió para soltar una breve risa y un respiro de satisfacción.

—Desde anoche estoy haciendo las más extrañas conjeturas. Tan pronto he supuesto que se trataba de un vulgar asunto de contrabando, como... ¿No se reirán ustedes?... He llegado a temer que se tratase de un acto de espionaje...

Acto seguido refirió lo que le ocurrió en la bodega. Y a medida que avanzaba en su relato, fue extrañándole más y más el interés, más bien la ansiedad con que le escuchaban los dos británicos.

—¿Cómo no ha hablado antes, señor Williams? —exclamó el oficial, así que terminó.

—No creí oportuno molestar la atención de ustedes cuando tantas cosas importantes ocurrían en torno —repuso, ingenuamente, el yanqui.

—No más de lo que usted acaba de manifestar. Dar caza a un submarino es quizá menos decisivo que averiguar las verdaderas intenciones de los que están a bordo...

—Todavía existe algo más —agregó Williams—. Hace unos minutos...

Abrió la puerta, y señaló la abolladura en la jamba. Refirió la agresión de que habían sido objeto, recalcando que los disparos parecían dirigidos a la muchacha. Esta vez Gene no tomó a risa

aquella conjetura. Muy al contrario, como si la presencia del marino y el doctor hubiesen centrado el asunto en su punto grave, la joven perdió la impasibilidad en que había vuelto a encerrarse, y miró, trémula, a Williams.

—Conozco al hombre que le agredió, Fred... —empezó a decir.

El oficial cerró la puerta. Después de hacerlo, invitó a Gene a que se sentara.

La muchacha, antes de proseguir, permaneció unos instantes abstraída, mirando sin ver a un punto vago del camarote. Se retorció las manos, inquieta.

De pronto, con admirable serenidad, fríamente, empezó a hablar. Conoció al «individuo» a los pocos minutos de hallarse a bordo del buque que los recogió. Era uno de la tripulación. Se mostró entusiasmado de la elasticidad de la artista, de la forma con que había nadado y trepado al buque, después de tantas horas de permanecer en el agua. Al saber su profesión, su entusiasmo llegó al máximo. Él también había trabajado en un circo, siendo muchacho.

—Se dio cuenta enseguida de que el viejo Nadelin estaba envenenado por las drogas —continuó Gene—, pero en los últimos tiempos su inclinación a los estimulantes era ya algo de locura. La desgracia de mi patria contribuyó a ello... Ese hombre facilitó al viejo, sin más, unas cuantas ampollas. Nos dejó entrever que a bordo llevaba una buena carga... En la segunda entrevista, habló claro. Nos ofrecía una fuerte cantidad de ampollas, a cambio de mi colaboración. Mi facilidad para trepar y descender por cables le interesaba grandemente. Si aceptaba, en cuanto nos hallásemos cerca de la costa inglesa me diría lo que tendría que hacer...

—¿Aceptó usted? —preguntó el oficial.

—No me comprometí a nada. El siguió haciéndonos visitas, siempre trayendo su dosis de morfina al viejo... Yo estaba segura de que al final de la travesía no tendría más remedio que acceder. Conozco el sistema: el individuo cortaría de repente el suministro de droga para imponerse... Ya nos ha ocurrido otras veces. Era el resorte predilecto de «Míster Bass», para evitar que nos marcháramos...

—¿Quién es Mr. Bass? —inquirió el marino.

—Nuestro último director. Creo que ya ha pagado todas sus culpas...

La frente de Gene se cubrió de atormentadas arrugas.

—Le vi hundirse, poco a poco, a cinco brazadas de donde el viejo y yo nos hallábamos agarrados a un mástil... Quizá hubiera podido salvarle... No lo intenté siquiera...

Se cubrió el rostro con ambas manos. El rostro y los oídos, como si algo muy atormentador estuviese resonando en ellos. Quizá la voz angustiada de «Míster Bass», demandando auxilio.

Levantó de pronto la cabeza y se quedó mirando a los tres hombres, sin huella de lágrimas en sus ojos.

—No me arrepiento de nada... Lo dejaría morir otra vez. Yo sé cuánta maldad había en su alma...

Se produjo un silencio. Fue Williams quien lo interrumpió.

—El individuo que me agredió en la bodega, ¿sabe que usted me salvó?

—Lo ignoro —respondió la joven.

—¿Ha vuelto usted a hablar con él?

—Sí... Es uno de los heridos.

—¿Cómo? —inquirió el doctor—. ¿Qué herido?

—El de la litera ocho...

El oficial médico quedó unos momentos pensativo.

—¿Cree que las heridas de ese hombre le permiten levantarse, y correr? —preguntó Fred, mirando al británico.

—Si es el que yo me figuro, puedo afirmar que no... Tiene un pie magullado.

—Ese ese —apuntó la joven.

—Entonces, está claro que no se halla solo —asaltó el yanqui—. El que nos agredió es uno de sus cómplices...

Precisamente eso era lo único que había preocupado a la muchacha desde que se produjo la agresión.

—Vamos a ver ese herido —decidió el doctor—. No conviene llamar la atención. Fiaré que le trasladen... Quédese usted aquí con la señorita —agregó, mirando al norteamericano—. Ya les llamaremos...

Salieron los dos británicos, y Williams cerró la puerta por dentro.

—¿Por qué no habló antes, Gene?... Hubiera sido mejor para usted... Esto va a tomar ahora una trayectoria desagradable. Debió confiarse a mí, y yo hubiera procurado por todos los medios dejarla al margen... Debió usted tener en cuenta que estoy dispuesto a hacer lo imposible por usted. No olvido que le debo la vida...

—¡Déjese de tonterías! —replicó, sordamente, la joven—. No me debe nada... El que yo me asomara a la bodega no se debe a que yo viera que usted bajaba, sino a que antes había seguido a ese individuo. Yo ya sabía que en una de aquellas cajas guardaba el alijo. Yo estaba esperando que él saliera para recoger mi parte... Su intervención lo estropeó. Sé que usted venía de mi camarote, pero

yo esperaba que usted se marchara... Me asusté cuando le vi descender. Eso me hizo pensar que usted andaba sobre el asunto. Imaginé que lo de ingeniero aeronáutico era cuento para disimular su condición de policía... Les vi luchar... y no quiero ocultarle que sentí la tentación de dejarle allí, cuando comprobé que era el otro el único que salía...

Se calló. Williams siguió mirándola, escrutador.

—¿Y por qué no me abandonó?

La muchacha se levantó, convulsa.

—¡Llevo ya sobre mi conciencia una muerte!... ¡«Míster Bass» era un ser repugnante! ¡Muchas almas de mujer han quedado deformadas en sus manos! ¡Era un monstruo!... Sin embargo... siguen torturándome sus voces de angustia... Pude salvarle, Fred! Con unas cuantas brazadas hubiera podido cogerle y traerle a nuestro mástil... ¡Y me complací en dejarle morir! Una muerte llena de horror, en la que se mezclaban los gemidos y los rugidos de fiera...

—No me importa el motivo que la impulsara a salvarme. El hecho efectivo es que gracias a su ayuda me hallo en condiciones de proseguir mi misión... que no es la de policía, puede usted estar segura. Aunque me temo que las circunstancias me coloquen en una situación que yo nunca hubiera imaginado... Desde que embarqué, cada hora que pasa me trae un nuevo acontecimiento. Nunca sospeché que la ruta de un convoy contuviera tantas sorpresas...

—¿Nunca salió usted de su casa? —preguntó ella, sin ironía, más bien con envidia.

—Peor aún —respondió Williams, con plena sinceridad—. Nunca he salido de mis estudios...

La joven se recostó contra un tabique. Cruzó los brazos sobre el jersey, ocultando el juvenil contorno de su busto.

—¡Qué extraños deben de parecerle los seres como yo! —comentó sombría—. Siempre, siempre que una mano se ha tendido hacia mí, llevaba mal oculta una zarpa... Hasta en usted mismo, cuando me llevó a este camarote, creí que había una torcida intención...

En el primer momento, Williams no pareció comprender. Luego exclamó:

—¡Me sorprende usted, Gene! No quiero ocultarle que ejerce usted una gran influencia sobre mí... desde el primer momento. Pero me desagrada sobremanera que usted me creyera capaz de una conducta tan torpe... ¿Cómo no me lo dio a entender antes?

—¿Para qué?... En realidad, ya ni siquiera me molesta

encontrarme con miradas voraces. En usted casi me divertía... Me hubiera dejado besar sin protestas, casi deseándolo... Después... quizá hubiera lamentado que usted hubiese resultado uno de tantos.

Se quedó mirándole fijamente, con ojos limpios.

—Yo tampoco olvido su hermoso gesto de buscarme en el momento del pánico...

Llamaron a la puerta. El norteamericano fue a abrir. En vez del oficial que esperaba, se encontró con otro, a quién no conocía. Este, tras de saludar, dijo:

—El capitán les ruega que vayan a su camarote...

—¿La señorita también?

—Sí, señor...

En el saloncillo que daba acceso al camarote del, capitán, Fred se encontró con el oficial que ya conocía. En aquellos momentos, el capitán y el doctor estaban conferenciando a solas.

El oficial hizo seña a Williams para que se le acercara sin que lo advirtiera Gene. El americano obedeció.

—¿Qué? ¿Controlan ya al individuo?

—El herido de la litera ocho, está muerto... Desde hace más de una hora —respondió el oficial.

CAPÍTULO IV

Aquella misma mañana Nadelin fue trasladado a un camarote contiguo al de Gene, y situado frente al de Williams. Aquello era tanto una deferencia, como una medida coercitiva.

Los corredores que conducían a los camarotes, quedaron estrechamente vigilados. Muy contadas personas se dieron cuenta a bordo de que algo anormal ocurría. Era en lo que más empeño puso el capitán del crucero. A excepción del doctor y el oficial que acompañó a Fred, nadie más tomó parte en el asunto.

No obstante, en el departamento que servía de enfermería a los náufragos, reinaba la máxima tensión. Sabían que uno de sus compañeros había sido retirado muerto. Convenían todos en que su fallecimiento no obedecía a las heridas sufridas en el momento del naufragio. Uno de sus pies había sido apresado por algún mástil derribado, o por algún objeto lanzado por un embate del mar contra los costados del buque. Eran varios los que sufrían magulladuras. Pero los heridos graves casi todos procedían de los departamentos próximos a dónde se produjo la explosión.

Había algo raro en aquella muerte; esto lo dedujeron todos enseguida, pese a las precauciones tomadas. ¿Quién fue el que inició la sospecha? Esto trataría luego de aclararlo la oficialidad del barco. Quizá el rumor partió de los mismos que produjeron la muerte.

El marinero muerto llevaba documentación a nombre de Tony Hatch. Australiano. Esta era la tercera vez que tomaba parte en la ruta de un convoy, a través del Atlántico. Entre los compañeros de tripulación no tenía amigos. Era un hombre taciturno e irascible. Con nadie congenió.

Esto podía ser muy bien un tapujo con que mantener a salvo a sus compinches. Los tripulantes del barco hundido, al referirse a Tony Hatch, declararon: «Un tipo hermético... Si no fuera porque por menos de nada se le oía renegar, hubiéramos dicho que era mudo».

Y tal comentario contrastaba notablemente con lo declarado por Gene. Apenas pisaron el barco fue a verles mostrándose tan expansivo, que a las primeras de cambio ya les dio a entender que traficaba en drogas...

Tony Hatch tenía un disparo en el cráneo. Estaba hecho a corta

distancia, casi quemándole. En el departamento, nadie oyó el estampido. Debió ser hecho en el momento en que el crucero soltaba sus andanadas.

Con su muerte, la cadena quedaba rota.

Ante el capitán del crucero, Gene aseguró con todo tesón, con muestras de gran sinceridad, que no había tratado con nadie más que con el muerto. Nada se oponía a no creerla, puesto que el atentado contra ella debió producirse casi al mismo tiempo que el de Hatch. Tal vez fue la misma mano la que disparó.

Williams acompañó a Gene a su camarote, en tanto se procedía al traslado del viejo Nadelin.

—Aquí podré cuidar de él mejor que en el departamento —comentó el norteamericano.

La muchacha sonrió amargamente:

—Aquí estaremos más controlados; esa es la única verdad.

—Nada pierde usted con ello, puesto que nada tiene que temer de los británicos. Por el contrario, va a estar protegida...

Tras un pequeño silencio, Williams, hondamente afectado, preguntó:

—¡Gene!... Si oculta algo, dígamelo. ¡Quiero que crea en mi amistad!

—¿Qué es lo que usted teme que yo pueda ocultar, Fred?

—No sé... Todo esto es muy extraño. Cuando oí al doctor, creí que en realidad se trataba de una burda cuestión de contrabando. Pero ahora dudo que sea eso. Por un asunto así no se atenta contra la vida de dos personas, en circunstancias como estas. Se va a abrir una severa investigación entre los marinos mercantes recogidos en este barco, y en cuantos van en el convoy. Nadie que perteneciera al buque hundido escapará al interrogatorio...

En aquellos momentos acomodaban a Nadelin en el camarote inmediato. Fred y Gene salieron para acudir al lado del viejo. Este volvía entonces de un profundo sueño. Con mirada brillante, vaga, contempló a la muchacha y sonrió.

Los dos marineros que lo trasladaron en una camilla, se marcharon. Quedaron solos los dos jóvenes y Nadelin.

Williams se sentó en el brazo de un sillón, sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a la muchacha. Esta aceptó con verdadera fruición.

—¡Gracias! Hace horas que estoy deseando un cigarrillo...

—¿Por qué no lo ha dicho? Luego hablaré con el oficial...

—¡No le diga nada! ¡No quiero deber nada a los ingleses! —le interrumpió ella, súbitamente exasperada.

Williams sonrió.

—Por desgracia —dijo—, todos nos hallamos ahora a merced de ellos y del mar... ¿Por qué les tiene usted esa aversión?

Ella no contestó. Repitió la pregunta el norteamericano.

—Desprecio a los hombres que juegan siempre a la trampa —manifestó al fin.

—Gene perdió a «alguien» en Dunkerque —reveló el viejo, como queriendo justificar con ello la dura aseveración de Gene.

—¡Cállese, Nadelin! ¡Nada tiene eso que ver! —prorrumpió la muchacha, en tono áspero.

El viejo, medio incorporado, permaneció unos momentos mirándola, con ojos turbios. Al fin se dejó caer en el lecho, rezongando:

—¡Siempre lo mismo, muchacha!... ¡Cada vez te comprendo menos...!

Para Williams, sin embargo, Gene iba por momentos siendo menos complicada. La consideraba un temperamento apasionado, que se volcaba enteramente en cualquier extremo.

Fred iba a dirigir una frase cordial a la muchacha, cuando reparó en que el viejo no conseguía acomodarse en el lecho. Algo le estorbaba en un costado. Quizá los vendajes, que se habían corrido en el traslado.

—Deje que le ayude —se ofreció Williams.

Le sorprendió la forma con que Nadelin rehusó:

—¡No! ¡Déjeme!... ¡Puedo solo!

Lo dijo con evidente pánico, como si le horrorizara que las manos de un extraño tocaran su cuerpo semidesnudo.

Fue el peor sistema que Nadelin pudo emplear para que Fred se apartara. Cuando el viejo empezó a debatirse de nuevo, ya las manos del yanqui lo tenían cogido de los sobacos, procurando colocarle en una postura cómoda.

El herido se revolvió con tal violencia, que se oyó un crujido. Instintivamente una mano de Williams acudió al sitio donde sonó.

—¿Qué diablos le han puesto a usted aquí?

Al tiempo que hacía la pregunta presentía la cosa. Sin duda, cierta cantidad de morfina, camuflada bajo el vendaje...

—¡Déjeme usted! ¡Nada le importa esto!... ¡Márchese...!

Rugía Nadelin. Súbitamente había adquirido un vigor inaudito, de verdadero loco. Uno de sus puños llegó a alcanzar la cara de Fred. Este estalló en cólera. Aun le dolía el brazo izquierdo, y tuvo que volcarse sobre el herido, sujetándole con el cuerpo.

Volvió la cabeza para mirar a la muchacha, que seguía en el

fondo del camarote, inmóvil, como si no comprendiera nada de lo que ocurría.

—¿Qué hace usted, Gene? ¿Por qué no me ayuda?

Pero ella no se movió. Diríase que el asombro de cuanto ocurría la había petrificado.

Fue Williams solo quien introdujo la mano en el vendaje. Halló lo que menos esperaba.

Un trozo de madera. Lo extrajo con gran dificultad, porque se enganchaba en las vendas. El viejo ya había desistido en la resistencia, tal vez por agotamiento, o abatido ante lo que no tenía remedio.

Ya en su poder el trozo de madera, Fred se situó en el centro del camarote. Al examinar lo que Nadelin había defendido con tanto tesón, no pudo menos que exclamar:

—Pero, ¿esto era todo?

Tuvo el acierto de disimular su satisfacción. Acababa de reconocer el trozo de madera. Pertenecía a una de las cajas en que iban los motores. ¿Estaría en ello la clave de aquel asunto, por momentos más confuso?

—No me explico para qué quiere usted esto —añadió, sin dejar de observar la madera por todos lados.

Era un trozo de tabla, uno de cuyos extremos aparecía cortado de forma irregular; fácilmente se advertía que había sido arrancado con violencia. La madera estaba algo hinchada, y todavía húmeda...

—¿Acaso se trata de un amuleto? —preguntó, humorístico.

—¡Sí! —respondió el viejo—. Pero no es mío... Le prometí a Tony llevárselo a su casa.

—¿Cómo es eso, Nadelin? ¿Conoce usted el domicilio de Hatch? —inquirió el yanqui, ahora ya sin disimular su interés.

También Gene parecía intrigada. Durante el tiempo que Williams estuvo forcejeando con el viejo, no supo qué hacer, si ponerse al lado de Fred, o interponerse entre él y Nadelin. Cuando vio aparecer el trozo de madera, su extrañeza pareció más sincera que la del yanqui. Pero lo que la sacó de su pasividad fue el oír al viejo que conocía las señas de Tony.

—¿Qué dices, Nadelin? —preguntó la muchacha, avanzando hasta el lecho—. ¿Quién le facilitó esas señas?

—Tony...

—¿Cuándo?

—Anoche, un momento que tú te marchaste...

—¿Y con qué fin lo hizo? —siguió preguntando la joven.

—Temía no poder llegar a tierra... Se sentía perseguido.

—¿Por quién?

—No me lo dijo... Me dio este trozo de madera. Dijo que él le salvó. Se hallaba nadando, con el pie herido, cuando una de sus manos tropezó con este trozo de madera al que iba enganchado un cordel de abacá...

—Y al final del cordel un bote: ¿no es eso, Nadelin? —interrumpió Williams, soltando una carcajada.

Ya no podía contenerse. Al empezar la muchacha a interrogar al viejo, Fred se había retirado a un extremo del camarote. En tanto seguía el diálogo, no cesaba de examinar la madera por todos lados. Con la uña del pulgar había estado siguiendo las vetas de la madera.

Fue en uno de los lados, donde la uña se introdujo fácilmente en la madera húmeda. Una chapa muy delgada empezó a desprenderse.

En el instante en que el viejo decía lo del cordel de abacá, Fred, que permanecía de espaldas, conseguía separar del todo la chapa. En el interior de la tabla apareció una cavidad rectangular, en la cual se veía una envoltura de papel impermeable.

Hizo este descubrimiento cuando soltaba la carcajada de burla. Risa que enseguida interrumpió. Temía haberse equivocado. Aquel pequeño paquete podía muy bien contener morfina, con lo que todas sus maquinaciones se vendrían abajo. Resultaría que en realidad no se trataba más que de un vulgar tráfico de estupefacientes.

Con mano nerviosa sacó el paquete de su cavidad, y lo abrió. Aparecieron unas hojitas de papel cristal. Fue al mirarlas al trasluz, cuando no pudo contener un grito de alegría.

—Conque un amuleto, ¿no es eso, Nadelin?... ¡La tabla que salvó a Tony Hatch!

Tal luz de alegría había en sus ojos, que el viejo y la muchacha quedaron suspensos, mirándole como hipnotizados.

Williams alentaba afanosamente. Tantas cosas se le ocurrían, que no sabía qué decir. Llegó un momento en que la joven se sintió apuñalada por la mirada del norteamericano.

—¿Qué sucede, Fred? —balbució ella, llena de inquietud.

—¡Nada, Gene! Una agradable sorpresa...

Continuó mirando al trasluz las hojitas de papel cristal.

—Naturalmente, usted va a decir que nada sabía de esto —agregó el norteamericano, sarcástico.

—Y nada sé —respondió la muchacha, con entereza.

—Y Nadelin tampoco...

El viejo se hallaba medio incorporado, y miraba con ojos

atónitos lo que Fred tenía en las manos.

—Solo sé lo que me dijo Tony: Que guardara ese trozo de tabla. Y que si él no conseguía llegar a tierra, que me encargara yo de llevarlo...

—¿A dónde? —interrumpió el yanqui, sin poder contenerse.

—A Londres... A Lath Street, creo... ¡Gene! Mira en mi bota izquierda. Dentro de ella creo que puso el papel con las señas...

La joven cogió la bota que le indicaba Nadelin. Metió la mano en ella, pero no encontró nada. Buscó en la otra, y tampoco.

—Fue en la del pie izquierdo —insistió el viejo.

Gene volvió a cogerla. Y atravesado en uno de los agujeros por dónde pasaban los cordones, halló un papelito liado y doblado de forma que no pudiera desprenderse.

Decía efectivamente, «Lath Street». No llevaba número.

—¿Qué casa? —preguntó Williams.

—Es una especie de taberna, con las puertas pintadas de rojo y verde... Tony me dijo que yo no tenía que hacer más que ir por la tarde, sentarme a una de las mesas, y pedir lo que me apeteciera. El trozo de madera debía tenerlo sobre la mesa, a la vista del camarero...

Fred rompió a reír.

—¡Muy bien, Nadelin! ¿Y usted qué piensa de esto? ¡No pretenderá hacerme creer que consideraba cierta la historia del trozo de madera flotando, el cable y demás zarandajas! Ya ve usted cómo allá en Londres ya había quien le esperaba con el trozo de madera, antes de que ocurriera el naufragio...

—Lo que Fred dice es verdad, Nadelin —intervino Gene, mirando severamente al viejo—. ¿Qué lío te llevabas entre manos? ¿Qué te prometió Tony, a cambio de este servicio?

Nadelin se hundió en el lecho, como queriendo desaparecer.

—Comprendo —murmuró la muchacha.

Se quedó mirando al suelo, con gesto de amargo dolor.

—No debí consentir que ese hombre se acercara a nosotros... No tengo disculpa, porque desde el primer momento que lo vi, adiviné que era otro «Míster Bass»...

El viejo lloraba en silencio.

—¡Cuánto daño te estoy haciendo, pequeña! —exclamó entre sollozos—. ¿Por qué no dejaste que me ahogara, como...?

No se atrevió a terminar la frase. Lo hizo ella:

—¿Cómo a «Míster Bass»?... Tal vez hubiera sido mejor para todos...

Pero enseguida, reaccionando horrorizada, se lanzó sobre el

herido y abrazándole convulsa, rompió a llorar.

—¡No, Nadelin! ¡Usted es lo único que me queda!... ¡Usted es el único ser que me ha querido de verdad...!

—Creo que en realidad no te he querido nunca —replicó el viejo, súbitamente sereno, con voz impresionantemente fría—. Te he hecho mucho daño... Y lo terrible es que me daba cuenta de ello...

Tras una breve pausa, añadió:

—Cuando anoche se acercó a mi lecho Tony Hatch, estuve a punto de rechazarle... ¡Pero no pude, Gene! ¡Me horrorizaba la idea de verme en Londres, solo en la inmensa ciudad!... ¡Solo, Gene!... Porque este es el último viaje que realizamos juntos...

—¡No, Nadelin! —replicó la muchacha, con voz emocionada—. No pienso dejarte...

El viejo le acarició la cabeza.

—Sí... Hace ya tiempo que estás deseando intervenir en la guerra... Este viaje te permitirá hacerlo...

La joven se incorporó, y retrocedió unos pasos.

—¿Qué absurdos está diciendo? —preguntó sordamente—. ¿Yo, luchar con los ingleses?

—Y con el diablo, si fuera menester... Sí, chacha. Lo estás deseando... desde que nuestra patria fue hundida... Me doy cuenta ahora de que fui muy egoísta al retenerle. La verdad es que, cualquier puesto de lucha, por peligroso que sea, te será más benigno que permanecer a mi lado...

Williams se hallaba pensativo. Y de pronto, adelantándose hasta donde estaba la muchacha, indicó:

—Un puesto de lucha, y no de los menos eficaces, se lo ofrece la misma casualidad... Me refiero a proseguir el asunto en que nos hallamos metidos.

Ella se volvió a mirarle, sorprendida por el tono cordial con que ahora le hablaba.

—¿Qué quiere usted decir?

Williams mostró los recortes de papel cristal.

—¿No sospecha qué pueda ser esto?

Gene, confusa, hizo con la cabeza movimientos negativos.

—Son esquemas del motor... Seguramente, en Londres, alguien espera conocer la eficacia de este motor con tanto interés como pueda sentirlo el Ministerio de Defensa... Voy a comunicárselo al capitán, pero antes quisiera saber si usted estaría dispuesta a colaborar conmigo...

En la fina boca de la muchacha se trazó una sonrisa amarga.

—Sin pretenderlo, hace ya botas que Nadelin y yo estamos

colaborando con usted —arguyó, sarcástica.

—Pero ahora es cuando interesa que usted lo haga con toda su voluntad. Y también Nadelin... Tengo la intención de proponerle al capitán seguir este asunto como si aún no supiéramos a dónde se dirigen los tiros. Este trozo de tabla podría volver a los vendajes de Nadelin. En el momento que se considerase oportuno, regresaría al departamento con los demás heridos. Echaría pestes de la oficialidad del barco, y daría a entender que los había burlado. Alguna reticencia en la conversación. Tal vez aludir a la taberna en Lath Street... A bordo hay cómplices de Tony Hatch, eso es indudable...

—¿Cómplices? —preguntó la joven con ironía—. ¡Y lo eliminan!

—Sí. Y lo eliminan, para salvarse ellos... Quizá no han querido perdonarle el error de haberse confiado a ustedes... Además, es usted testigo de que Match me agredió en la bodega. Eso les estorbaba. O quizá...

Se interrumpió, pensativo:

—También es posible que Tony Hatch quisiese obrar por su cuenta. El hundimiento del barco cancelaba el compromiso que él pudiera tener con sus compinches... Cuando decidió descender a la bodega, se creía solo. Quizá no me reconoció, creyéndome uno de sus compañeros... ¿En ningún momento les habló de mí?

Tanto Gene como el viejo negaron.

—Y sin embargo, todos saben a bordo que usted me salvó... Eso es lo que yo creo que produjo su muerte.

—¡Y lo que producirá la tuya, Gene! —exclamó el viejo, presa de una gran angustia—. ¡No accedas a lo que te propone el yanqui! ¡No accedas!... ¡Te matarán, Gene! ¡Te matarán!...

Tal terror se desprendía de él, que llegó a influenciar a la muchacha. Esta miró inquieta en torno suyo.

Pero al momento reaccionó. Revestida de gran frialdad, dijo, mirando a Williams:

—Estoy dispuesta a lo que usted quiera... con una sola condición...

—Dígala —contestó el norteamericano.

—Prométame que no se nos molestará durante la travesía con más interrogatorios. Todo cuanto podemos decir lo sabe usted ya. Encárguese usted de transmitírselo al capitán...

—Prometido. Es más: Quizá no sea necesario que ustedes salgan de estos camarotes. Lo que Nadelin ha apuntado es cierto. Fuera de estas cabinas puede usted correr peligro...

—¡Y en Londres también! —añadió el viejo—. ¡No aceptes,

pequeña! ¡Yo haré todo lo que sea preciso, pero tú no te comprometas!

Hizo ademán de saltar del lecho.

—¡Señor Williams! ¡Soy yo quién está metido en este asunto y quién debe llevarlo adelante! ¡No mezclen a Gene... o no diré todo lo que sé! Hay algo más que llegar a la taberna y pedir un vaso de vino...

Dejó un silencio intencionado. Esperaba que su amenaza hubiese surtido efecto. Pero enseguida se convenció de que tanto Fred como la muchacha, no le habían creído.

—¡Está bien!... Hagan lo que quieran —dijo, vencido, dejándose caer en el lecho.

Williams se le acercó.

—Nadelin: Tengo tanto interés como usted por que a Gene no le suceda nada...

El mismo se sorprendió de su voz, súbitamente fosca.

—Eso es lo que quiero que usted también crea —añadió, dirigiéndose a la muchacha, hondamente emocionado.

La joven, muy pálida, le tendió una mano, sonriendo.

—Yo le creo, Fred... Vaya a hablar con el capitán. Me tiene a sus órdenes...

CAPÍTULO V

La aparición de un «Focke-Wulf», gigantesco bombardero alemán de gran radio de acción, sembró la alarma en el convoy. El «Focke-Wulf», más conocido por «Condor» era un arma temible, tanto como el submarino. Solían partir de la costa occidental de Francia, daban un rodeo a las islas británicas, llegaban a Noruega, se repostaban, y al día siguiente volvían al punto de partida.

Con bombas rompedoras atacaban cuantos convoyes encontraban en la ruta. O transmitían su situación a los submarinos, quienes acudían como lobos hambrientos.

Inglaterra podía perder en tierra mil batallas, pero no podía perder una sola en el mar: era la recientemente proclamada en la Cámara de los Comunes «Batalla del Atlántico».

La láctica de atacar por manadas los submarinos, producía grandes estragos. Operaban en superficie, a toda velocidad, acudiendo de distintos puntos. Solo los rápidos destructores podían hacerles frente.

A este peligro, sumábase el de la aviación. Los «Focke-Wulf» se apartaban de vez en cuando de la costa y lanzábanse sobre los convoyes, mal dotados todavía de arma antiaérea.

Por aquel tiempo, la Comandancia Aérea de Costas británica, se reorganizaba a toda prisa. Se les daba prioridad en aparatos y pilotos. Quince escuadrillas, en las que se incluían los cincuenta y siete «Catalinas» americanos de largo alcance, se hallaban en plena formación.

Aquella mañana, la aparición del «Focke-Wulf» trajo sobre el convoy un estado de inquietud y, paradójicamente, de satisfacción. Aquello era anuncio de que entraban en la zona de mayor peligro. Pero también traía el aliento de la próxima costa.

Las flotillas de destructores se habían arrancado en una vertiginosa marcha, lanzando cortinas de humo. En la popa de los mercantes, cañones de 4'7 pulgadas empezaron a girar en una búsqueda inútil.

El mar era una lámina de plomo, quieta y tersa, con leves rasgaduras de espuma producidas por las quillas. Los destructores se deslizaban en un juego de locos. Cruzaban los espacios que mediaban entre los mercantes, arrastrando una boa de humo, y pronto todas las unidades parecieron apresadas en anillos

imponentes...

No era solo un bombardero el que gruñía en el espacio. Al poco, se percibieron claramente a varios aparatos, ocultos en las nubes. Rulos inmensos parecían estar rodando en masa, tratando de alisar los altibajos de aquellos nubarrones rebeldes, preparando la ruta de la noche, limpia y tersa, con una bien apisonada grava de estrellas.

Hacía unos minutos que Fred y Gene se hallaban situados cerca de la torre de combate del crucero, con su correspondiente chaleco salvavidas puesto, y observando con ojos de niño el asombroso espectáculo de aquella feria de muerte.

A ambos les era insufrible la permanencia en los departamentos bajos de aquel castillo de acero. Todos los riesgos eran preferibles a la exasperante pasividad de abajo, oír sin ver.

Pero pronto se convencieron arriba de qué allí tampoco podían ver mucho. Las cortinas de humo iban cerrándose cada vez más... Solo les cabía el consuelo de oír más claramente el silbido de las bombas, al soltarse de los gigantescos bombarderos alemanes.

Esta emoción no se hizo esperar. En el primer momento tuvieron la sensación de que aquella cúpula de humo se había petrificado y de pronto se desgajaba. Rugientes saetas parecían estar demoliéndola. Y de repente, en medio de enormes estallidos, comenzaron a erguirse sobre el lomo del agua, monstruosas gibas.

La primera impresión del norteamericano y la muchacha francesa fue de que las bombas habían sido lanzadas buscando al crucero. Pero enseguida otras explosiones sonaron más lejos.

Nada podían ver. El humo ya llegaba incluso a ocultar a sus ojos el montaje de artillería de proa, el puente de navegación, las chimeneas...

—¿Nos vamos? —insinuó Williams.

—¿No cree que abajo va a ser peor? —repuso la joven.

Sí. En cuanto a su nerviosismo sería peor; eso no lo ignoraba Fred. Pero sería mucho mayor su seguridad. Ese temor del yanqui no tenía nada que ver con la metralla que les pudieran lanzar desde arriba.

El peligro que él más temía lo suponía a bordo. Instintivamente consideraba que aquella niebla artificial ofrecía un margen de impunidad para cualquier sorda agresión.

Cada vez temía más por Gene. A veces él se asustaba al analizar el influjo que aquella hermosa criatura ejercía en su espíritu. Circunstancialmente ambos estaban asociados en una misma empresa. Pero esta unidad Williams la prolongaba para todo un futuro. Un futuro convulso, lleno de amargos coletazos, como el que

les aguardaba en Europa.

Las investigaciones a bordo no habían dado ningún resultado. Parecía cierto que Tony Hatch no tuviera amigos entre los compañeros de trabajo. Sin el atentado frustrado a Gene, se hubiera podido creer en un suicidio, a poco que el desconocido agresor hubiera cuidado algunos detalles.

Por varias razones, Fred convino con el capitán no entrar a fondo en las investigaciones. Si se daban por enterados, fácilmente podría escapar un aviso a Londres, y el resto de la banda se esfumaría.

Nadie mejor que Williams sabía que aquello era un asunto de espionaje. Cuando se lo expuso al capitán, este le miró asombrado:

—¿Qué necesidad tenían de remitir esos esquemas a Londres? Con mayor seguridad hubieran podido hacerlo desde los Estados Unidos...

—Es que los esquemas son incompletos —respondió Williams—. Falta precisamente la parte más esencial...

—¿A qué achaca usted esa falta?

El ingeniero aeronáutico sonrió:

—Quizá a que tuvimos el acierto de tomar precauciones en lo referente a esa sección. Fue más bien una medida instintiva... Pero el caso es que nos empeñamos en que en esa parte del motor interviniera solamente personal de nuestra completa confianza... Debemos dar cuanto antes aviso a la dirección de la fábrica, para que no solamente se mantenga esa medida, sino que se haga aún más severa...

Momentos después se procedía a la redacción de un mensaje cifrado, con carácter de urgencia. Las conjeturas de Williams eran de que el agente al servicio del enemigo que trabajaba en la fábrica, no había podido facilitar datos más que de una manera fragmentaria. Estos datos se remitían a Londres, seguramente porque en la sección de montaje de los aviones habría otro agente, o agentes, con suficiente capacidad para suplir la falta. En el apurado momento en qué se encontraba la Gran Bretaña, echaba mano de todo lo disponible. Entre sus soldados, así como entre sus obreros, tenía personal de distintas nacionalidades... Un obrero especializado polaco, noruego, belga, en fin, cualquiera rescatado de un país en escombros, podía muy bien ser admitido en la comunidad sin inspirar sospechas.

El viejo Nadelin había confirmado solemnemente su declaración referente a Lath Street. En esa confirmación no intervino ningún británico. Gene vio satisfecho su deseo de no ser molestada por

ningún inglés. Fred se encargó de servir de enlace entre ella y Nadelin, y la autoridad de a bordo.

La investigación entre los náufragos recogidos por el crucero parecía que de momento estaba interrumpida. En aquellas horas existían cosas de mayor gravedad que averiguar el asesinato de un hombre. Cuando llegasen a tierra, ya se abriría una investigación en toda regla.

Naturalmente, esto no quería decir que entre el grupo sospechoso no se hubiese establecido una vigilancia, más o menos discretas. Pero Williams era el primero en dudar de su eficacia. A buen seguro que los culpables no se moverían, a no ser que se les presentase la oportunidad de asestar un golpe seguro.

Fred Williams iba armado de una pistola de reglamento, puesta en sus manos por el propio capitán del crucero.

—Todo hay que temerlo —le dijo el marino—. Y usted puede ser una presa muy apetecible partí nuestro enemigo...

Tomando el arma, Williams no pudo menos que sonreír al compararla con las imponentes torres erizadas de cañones del crucero. Sin embargo, era con aquella diminuta arma con la que tal vez consiguiese despejar el peligro.

Nada le dijo a Gene de esta medida de seguridad personal, por no inquietarla. Pero en distintas ocasiones le encareció que no saliera del camarote sin avisarle.

—No lo interprete en el sentido de que se halla usted prisionera —se apresuró a aclarar—. El capitán le ha concedido tanta libertad como a mí... Soy yo quien le ruega que no saiga sin mi compañía...

Gene pareció aceptar de buen grado aquella protección... o vigilancia camuflada. Las pocas veces que se decidió a subir a cubierta, lo hizo acompañada del yanqui.

Durante el día, la mayor parte de las horas las pasaban en el camarote del viejo. Este cada vez parecía más aficionado al trato de Williams. El norteamericano le instaba a hablar de su juventud, de sus tiempos de atleta, cuando aún tenía muy lejos sus piruetas de «clown» en ruinas...

Rara vez Fred y Gene mantuvieron una conversación a solas. Y cuando esto ocurría, solía ser breve, como si uno y otro temieran que las palabras fueran a traicionarles, descubriendo algo que mantenían oculto.

Aquel día, la aparición del «Focke-Wulf» fue un pretexto para que Williams invitara a Gene a salir a cubierta.

Era un grave peligro, pero también el anuncio de la costa. ¿Qué les aguardaba en tierra? Williams sabía que inmediatamente sería

absorbido por su profesión. Los pocos motores que llegasen a tierra serían enseguida revestidos de alas y cola, y se lanzarían voraces al espacio. Le esperaba una labor intensa, febril. Ensayar, rectificar, quizá en medio de colosales explosiones, con un cielo cubierto de aviones enemigos; tal vez con la amargura de ver que «su» motor no rendía lo calculado, y sintiendo caer a aquellos heroicos hombres bajo el trallazo de una potencia más fuerte...

—¿Qué piensa usted hacer en tierra, Gene? —preguntó, de pronto, el yanqui.

Para la muchacha, era aquella una pregunta inesperada.

—¿No está ya convenido? Le ayudaré en lo que sea necesario, hasta terminar este desagradable asunto...

—Pero, ¿y después?

—No sé... Seguramente, intentaré salir de Inglaterra.

Tras un breve silencio, él insinuó:

—No será para meterse en Francia...

—Tal vez sí —respondió ella, súbitamente animada.

Se quedó mirándole, asombrada:

—¿Qué le ha hecho pensar en ello? Ni siquiera a Nadelin le he hablado de esto...

—Es fácil de adivinar. Todo en usted habla de intervenir íntegramente, abnegadamente, en esta colosal hoguera... Pero en Inglaterra no le van a faltar puestos...

Presintiendo la réplica se apresuró a añadir:

—Ya sé que no quiere usted nada con los ingleses. Incluso admito que tenga usted motivos de resentimiento contra ellos... Pero en estos momentos ellos son algo más que su ampuloso «Commonwealth», sus rutinas ancestrales y sus marrullerías políticas. Las islas británicas son ahora la plataforma donde asientan sus pies muchos pueblos a la deriva. Su mismo país, Gene, es en Inglaterra donde encuentra el aliento para no perecer.

Las últimas palabras quedaron ahogadas por varias explosiones que en cadena, se produjeron por estribor. Por el extremo de popa, la torre de artillería antiaérea empezó a crepitar.

Todo pareció entregado a furiosos rugidos. A través de los claros que dejaba la humareda aparecía de vez en cuando el cascarón de algún buque mercante, en danza epiléptica, entre pebeteros de humo y agua levantados por las bombas de los «Focke-Wulf». Cada proyectil lanzado desde arriba, era un volcán, un mordisco en la piel tersa y plomiza del mar.

A continuación de los gigantescos bombarderos, aparecieron escuadrillas de «Junkers 88». Todo el convoy estaba sumido en la

niebla artificial, bajo una tromba de hachazos ciegos.

De distintos barcos, mediante catapulta comenzaron a lanzar aviones de caza. Los barcos avanzaban en complicados zigzags, como entregados a una desenfrenada orgía.

Un tinglado infernal quedó montado sobre la inquieta plataforma del mar. Al estruendo de los motores, al fragor de los estallidos, uníanse la ceguedad del humo y del terror. Las quillas de las naves veían que otros cortes más rápidos y profundos se producían a su alrededor, por naves invisibles, naves extrañas que hartas de espacio se abocaban sedientas al mar, en rugidos de triunfo.

Fred y Gene se hallaban lejos de la escalerilla por dónde habían subido a cubierta. En unos minutos, el crucero había sufrido una impresionante transformación. Ya no había caras amigas. No había siquiera hombres.

Todo eran piezas obedeciendo a ocultos resortes. Las armas antiaéreas giraban en todas direcciones, vociferando, atragantándose. Los cañones de mediano calibre permanecían en posición horizontal, escudriñando el mar, como si esperasen que de un momento a otro la superficie fuese a llenarse de naves enemigas.

En el espardec, los botes salvavidas permanecían a medio destrincar, prontos a lanzarse al agua para socorrer a los posibles naufragos.

El colosal drama que se estaba desarrollando lo absorbía todo. La fortaleza de acero hacía funcionar incesantemente los teléfonos interiores, como nervios despiertos transmitiendo a los músculos la máxima tensión.

Williams cogió de un brazo a Gene y tiró con fuerza, al tiempo que sobre ellos se percibía un imponente rugido. La bomba rompedora estalló a babor, a muy pocos metros.

El azote del agua llegó a alcanzarles. Se sintieron empujados violentamente contra las planchas, y antes de que pudieran reponerse, una horrrisona explosión sonó en la parte de popa. La colosal fortaleza pareció encabritarse. La proa se irguió, clavando en lo alto los colmillos de los cañones, retorciéndose por el aguijón que acababan de clavarle en el lomo.

A la humareda sin fuego uníase ahora el humo que producían las llamas que acababan de surgir en la popa del crucero. Por distintos puntos de la nave comenzaron a aparecer hombres con los extintores prestos.

Cada vez se oían más próximos los motores aéreos. Se percibía claramente su gemido al entrar en picado. Parecían ensañarse con

el crucero.

El convoy se había esparcido. Cada nave se había convertido en un punto casi imperceptible en la ancha lámina del mar. Los destructores de escolta seguían agitando sus antorchas de humo, en inútil tentativa de emborronar el paisaje por completo.

Instintivamente, Gene se había arrimado a Williams, al percibir en la presión de la atmósfera la avalancha de metralla que se les venía encima. Fue el instante en que decidían regresar a los compartimientos interiores.

—¡El pobre Nadelin! —exclamó la muchacha.

Se hallaban a dos pasos de la escalerilla. Una tromba de humo les envolvió. Tronaron con mayor fuerza las armas antiaéreas. Diríase que en aquel momento todas las armas volcaban su furia en todas direcciones.

El mastodonte de acero parecía un caballo desenfrenado, galopando a través de un terremoto. Inclinábase a un lado y a otro, se hundía, se erguía de nuevo. Formidables golpetazos lo alcanzaban de vez en cuando, en un fragor de planchas que se desgarran y rugido de esquirlas que buscan su presa.

Repentinamente, la nave se quedó quieta. Colosales llamas se irguieron en un costado. Súbitamente, como si el cabrestante, el rompeolas, el puente de navegación, todas las partes del crucero que hasta entonces habían dado la sensación de una sola pieza empezaron a fragmentarse, vióse la cubierta llena de diminutas figuras, unas tratando de extinguir el fuego; otras, preparando los botes salvavidas...

Sonó la señal de todo el mundo a cubierta. Y entre humo y Ramas, hileras de hombres empezaron a surgir, como si la envoltura de acero los trasudara.

Williams y Gene habían sido cogidos a mitad de la escalerilla cuando la tromba de hombres comenzó a ascender. Iban mezclados. Marineros de la Armada Real y marineros mercantes, los supervivientes de las otras embestidas.

A duras penas consiguieron los jóvenes llegar al corredor donde tenían sus camarotes. Pero solo pudieron dar unos pasos. El fuego había derribado varias puertas, y avanzaba a su encuentro.

Gene lanzó un grito desesperado, e hizo ademán de inmergirse en las llamas, pero Fred la agarró con fuerzas y durante unos momentos ambos se debatieron hasta que por fin la muchacha comenzó a ceder, medio asfixiada.

En lo alto de la escalerilla asomó un marino dando voces. En el fondo del buque se oía un rugido sordo, amenazador, como de

volcán pronto a romper.

—¡Vamos! —apremió Williams—. ¡Nadelin quizá haya salido...!

Él era el primero en no creerlo. Era seguro que centenares de hombres habían quedado apresados en los distintos compartimientos; abejas en sus alvéolos de una colmena incendiada.

Tuvo que cogerla en brazos. Aun hallándose medio extenuada, Gene hacía esfuerzos por desprenderse, como si solo allí, en las llamas, se encontrase su única posibilidad de salvación.

En tanto trataba de subir con su carga, sucesivas veces pasó por su imaginación asestarle un golpe que la dejara inerte. Por algo todavía confuso, se sentía irritado. Hasta este momento, había admirado la serenidad de Gene. ¿Por qué ahora se había convertido en una muchacha histérica, sin ningún control en sus nervios? La tragedia que estaban viviendo era demasiado brutal para que la muerte de Nadelin, o la de otros afectos todavía más profundos, pudiesen cambiar el ritmo de los supervivientes.

El convoy en ruta no tenía más misión que llegar a la costa, con todas sus llagas, con toda su estela de muertos. La tierra que les aguardaba era otro infierno, lleno de asechanzas. Los mismos zarpazos que ahora habían herido de muerte al crucero, les amenazarían en el suelo inglés.

Pero Williams estaba ya entrando, sin darse cuenta, en aquella actitud fría, sin aspavientos, que tanto había envidiado en el marino británico desde que dejó la costa americana.

Llevando a Gene en brazos, asomó a cubierta. La artillería antiaérea seguía funcionando. En la borda, medio ocultos por la humareda, se apelotonaban los marinos. Se percibían las lanchas a motor petardeando en torno al crucero.

Fred se quedó unos segundos indeciso, mirando a un lado y otro para ver a dónde les convenía dirigirse, cuando la figura alta, enfundada en un largo chaquetón y con la gorra de visera caída sobre los ojos, apareció ante ellos.

Durante unos instantes, ambos permanecieron observándose. A intervalos, una racha de humo se interponía entre ellos.

Fred ahora sí pudo verle toda la cara. Bajo la visera negra, vio unos ojos azules, brillantes...

No tenía tiempo de soltar su carga y sacar la pistola. El otro ya se hallaba a tres pasos. No debía de llevar armas. Avanzaba con ambas manos fuertes, anchas, en actitud crispada...

—¡Señor Williams! —gritó alguien cerca, con voz ahogada—. ¡Le estamos buscando!

Un oficial seguido de tres marineros, surgió de la escociente niebla. Williams no hizo más que volver la cabeza en aquella dirección, y enseguida mirar de nuevo al sitio en que se hallaba su enemigo...

Pero este ya había desaparecido.

Williams no se atrevió a decir nada. Hubiera sido inútil. El ritmo de aquellos hombres no se iba a alterar. Igual que antes todos parecían formar una sola pieza haciendo frente al enemigo aéreo, ahora parecían distintos tentáculos, obedeciendo todos al mismo cerebro. Con toda serenidad, con frialdad de máquina, se procedía al salvamento de la tripulación.

A muy corta distancia del crucero, un destructor acababa de zozobrar. Proseguía el combate aéreo. Pero ahora intervenían escuadrillas del servicio de guardacostas.

Dos «Focke-Wulf» y varios «Junkers» habían sido ya derribados cuando Fred y Gene pisaron la Lancha de salvamento. El convoy empezaba a reagruparse en la lejanía. La flotilla de destructores proseguía en su marcha veloz llena de bruscas viradas, rodeando a los lentos, pesados mercantes, como pastores reagrupando el espantado ható...

Los aparatos británicos barrían a la aviación enemiga hacia el sur, apartándola de la ruta del convoy. En distintos puntos veíanse rizadas columnas de humo que descendían rápidas de lo alto, para zambullirse en el mar. Los destructores y las lanchas rápidas trazaban en todas direcciones estelas de espuma, yendo en auxilio de los náufragos...

La lancha en que iba Williams, ya tenía su proa dirigida a un destructor detenido a corta distancia. El crucero humeaba por el extremo de popa, y había escorado hasta casi dejar la quilla al descubierto por la parte de babor. No obstante, en la moribunda nave seguía una gran cantidad de marinos, impertérritos ante el peligro, intentando hasta el último momento la salvación del barco...

Fred tenía sentada a su lado a Gene. La muchacha permanecía inmóvil, con los ojos secos. Toda su vida interior parecía apagada.

La irritación que Williams llegó a sentir por la muchacha, se había convertido en compasión. Ahora es cuando veía claro por qué le desagradó que ella se mostrara tan conmovida ante la inevitable muerte de Nadelin.

El que Gene se hubiese mostrado dispuesta a inmergirse en las llamas para correr la misma suerte de su viejo amigo, fue un doloroso mordisco en la vanidad de Fred. Lo reconocía ahora,

camino del destructor.

Sin advertir a qué desproporción llevaba un hecho tan sencillo como que la muchacha le estuviese agradecida por haber sido él de los primeros en lanzarse al agua, cuando sobrevino el primer naufragio; por el noble rasgo de haber ido a buscarla a los camarotes, en el momento de pánico del segundo buque, Fred se había dejado llevar por sus sueños, llegando a la convicción de que ella estaba ligada a él con la misma fuerza que con la que él se sentía atado a Gene...

Todo había quedado desvanecido en unos segundos. La realidad era esta. Un cielo carraspeante de motores; fogatas sobre el dorso del mar, y unos seres herméticos, aceptando con seca conformidad los virajes del Destino. Fred y Gene, seguían siendo tan extraños como en el momento de conocerse. Momentáneamente las circunstancias les habían atado a una misma empresa. Pero esa ligadura, en esencia, no era mucho más fuerte que la que unía entre sí a cualesquiera de aquellos marinos. En ellos al menos existía un ideal, un deber común. Pero ¿y en él? ¿Y en Gene?

Los dos eran extranjeros. Los Estados Unidos, aun sintiéndose inclinados a la causa de Inglaterra, se mantenían al margen. Francia estaba fuera de combate... Y lo que era peor: Gene, la súbdita francesa, sentíase totalmente divorciada de los ingleses...

Se hallaban cerca del destructor. Era, quizá, el último buque que pisarían. La tierra se hallaba próxima, Todo lo más al anochecer, llegarían a puerto...

Fred pensaba en los tres hundimientos por que había tenido que pasar la muchacha. Cada uno de ellos había dejado su huella. ¿Qué tenía de extraño que en el tercer percance los nervios no hubiesen respondido?

Miró a lo lejos, donde se veían otras lanchas haciendo el recorrido desde el crucero a los destructores o buques mercantes. En una de aquellas pequeñas embarcaciones iría el individuo del chaquetón y la visera sobre los ojos. Tan pronto llegase a bordo haría radiar un aviso para que lo detuvieran... Pero enseguida sonrió, en burla a su ingenuidad. ¿Quién iba a hacerle caso? Le ocurriría como en el crucero, en el momento de producirse el atentado...

Pensó enseguida que lo importante no era detener a aquel individuo, aun en el caso de que él fuese el eje del asunto. Lo que importaba era cortar la labor de los espías en los centros de producción, primero, y luego en aquellos puntos que revistiesen cierta gravedad táctica. Lo primero ya estaba conseguido al radiar

desde el crucero un alerta a la dirección de la fábrica... En cuanto a lo segundo, Williams pondría el asunto en manos del «Intelligence Service». El yanqui se desentendería de aquello. Su misión en Europa no era cazar espías, sino procurar que sus motores rindieran el máximo...

Tocó en un brazo a Gene:

—Voy a desligarla de este asunto —anunció, sin mirarla, y en voz tan baja que solamente ella pudiera oírle—. Tan pronto desembarquemos, haré por que le den un alojamiento tranquilo... Procuraré por todos los medios que nadie la moleste. Esta vez, ni siquiera a mí me tendrá de enlace... Será usted sola quien decidirá su futuro... Creo qué es lo mejor...

Se calló, al darse cuenta, él mismo de que su voz adquiría un tono de hondo rencor. La muchacha no dijo nada. Ni en su rostro se reveló la más leve contracción. Seguía intensamente pálida, con la mirada seca.

En aquel momento la lancha arrimaba su borda a la meseta baja de la escala del destructor...

CAPÍTULO VI

Londres se hallaba entonces bajo los últimos y más furiosos golpes del «Blitz» alemán. Los principales puertos acababan de recibir también su arremetida.

Los astilleros de Portsmouth habían sido gravemente dañados. Lo mismo ocurrió con los astilleros de Clyde, y en Manchester y Salford, los Midlands, Essex y los arsenales de John Brown...

Las Islas Británicas se hallaban festoneadas de llamadas y ruinas calcinadas. Pero la moral seguía en pie. Los Comités Portuarios de Emergencia cuidaban de que no hubiese congestión en los muelles, empleando todos los medios para que las mercancías desembarcadas fuesen inmediatamente transbordadas al interior del país. Una brecha abierta en los diques era enseguida taponada. Una grúa derribada era al instante sustituida por otra. Las gabarras se entregaban a un incesante ir y venir, trasladando desde los buques a los improvisados desembarcaderos, las valiosas mercancías: armas, municiones, motores, víveres...

Los brazos de las grúas atenazaban las cargas, extrayéndolas de los repletos vientres de los buques, sosteniéndolas unos segundos en el aire, como en un gesto de desafío al espacio agorero, y soltándolas otra vez, pero ahora para que las engulleran las fauces insaciables del puerto.

Muchos barcos, al final de la ruta, eran aparta, dos para entrar en reparación o para ser desmantelados, dados totalmente de baja. Raro era el convoy que no hubiese dejado atrás una estela de muertos.

Cuando Fred Williams puso los pies en Inglaterra, tenía la impresión de que el convoy del cual había formado parte era uno de los más infortunados. No tardó en cambiar de opinión. Lo que a él le había acontecido era una jornada más en aquella desesperada, cruenta Batalla del Atlántico.

Próximos a la costa inglesa, el convoy se dispersó, en grupos, para distintos puertos.

Fred Williams y Gene hicieron pie en Londres. Unas horas después el ingeniero americano ya tenía hechas sus visitas oficiales, se hallaba convenientemente alojado, y se encontraba ante la perspectiva de unos cuantos días de desocupación. Por rápido que se efectuase el desembarque y traslado de los motores que en

distintas naves habían podido llegar a tierra, transcurrirían varios días. El montaje de los aviones tenía que efectuarse en una fábrica situada en plena campiña, a unas sesenta millas de Londres.

No olvidó Fred la promesa que hizo a la joven francesa. De una de las primeras cosas que se ocupó fue de su situación.

Le procuró alojamiento en el domicilio de un matrimonio francés. Lo hizo de buena fe, sin más intención que remediar en algo su soledad. El marido era un oficial mutilado en la retirada de Dunkerque. Ahora actuaba en un departamento del Gobierno francés en el exilio. Se llamaba Jean Bonchaud, y era un hombre alegre, lleno de vitalidad. Su mujer, Marise, era mucho más joven que su marido, y de carácter melancólico.

Gene fue muy bien acogida. Ella fue quien puso reparos. En un momento que cogió aparte a Fred, preguntó, malhumorada:

—¿Con qué fin me ha traído aquí?

El pareció sorprendido:

—¿Cómo con qué fin?

—Sí... ¿Qué es lo que pretenden? ¿No habíamos quedado en que yo decidiría mi futuro?

—Naturalmente... Ya he tomado mis medidas para que nadie se meta con usted. Incluso he hecho gestiones para que en la primera ocasión que haya, regrese a América, si ese es su deseo, y se siente con ánimos para soportar la travesía.

Ella sonrió, sarcástica:

—Pero mientras tanto, me rodea usted de compatriotas para que solo oiga hablar de mi patria... Le anticipo que no conseguirán nada. Cada vez me siento más desligada de todo. Lo único que me quedaba... he *dejado* que se perdiera.

Williams creyó que aquellas palabras llevaban envuelta una acusación contra él.

—¡Gene! ¿Será usted capaz de creer...?

El recuerdo de «Mister Bass» acudió a la mente del yanqui. ¿Sería ella capaz de parangonar la muerte de Nadelin con la del malvado empresario?

—¡No se podía hacer nada por él, Gene! ¿No lo comprende?

—Yo solo comprendo que no debí dejarle —respondió ella, con voz sorda.

En aquella habitación había una ventana, sin cristales, abierta sobre el Támesis. En ambas orillas se erguía la osamenta de varios bloques de casas incendiadas. El agua se deslizaba lenta, con costras de petróleo y erizada de tizonas.

—No se podía hacer nada —repitió el norteamericano—. A mí

me interesaba, tanto como a usted, llegar a los camarotes...

—¿Por los esquemas? —inquirió, intencionadamente, Gene.

—No. Los llevaba yo encima... Pero el trozo de tabla lo tenía Nadelin.

Ella le miró incrédula:

—¿Acaso ha olvidado que se lo llevó usted?

—Más tarde volví a dárselo a Nadelin —manifestó Williams, algo azorado.

La muchacha permaneció unos instantes mirándole intrigada. Y de pronto, inquirió:

—¿Qué tenía usted convenido con él?

—Proseguir el plan, manteniendo a usted al margen. Nadelin esgrimió razones que no tuve más remedio que aceptar... Mi primitiva idea de que él se mezclara entre los naufragos, y diera a entender que nos había burlado, la pusimos en práctica. ¿Recuerda la vez que le invité a recorrer el crucero? Era para dar tiempo a que Nadelin hiciera una escapada al compartimiento de los heridos...

—¿Y por qué lo hacían a espaldas mías? —preguntó secamente.

—Él se empeñó... Temía por usted...

Fred iba a añadir que ese temor lo había compartido él, pero el ceño duro que advirtió en la muchacha le contuvo. Tras un breve silencio, volvió a lo que había motivado aquel diálogo.

—¿No le gusta, pues, este alojamiento?

Ella se limitó a encogerse de hombros, y a seguir mirando por la ventana.

—Entonces, voy a marcharme... En cualquier dificultad que se encuentre, no dude en dirigirse al dueño de la casa. Tanto él como su esposa harán cuanto esté de su mano por que su estancia en Londres sea lo más grata posible. Además, el capitán Bonchaud está muy considerado en los círculos oficiales ingleses, y cualquier pega que surja, se la resolverá...

Le tendió una mano, en señal de despedida. Ella se volvió lentamente, con los músculos de la cara tensos. Sus ojos grises estuvieron unos instantes escrutando los de Williams.

—¿Es que ya no hemos de volver a vernos? —preguntó, evidentemente afectada.

—Puede que sí —respondió el norteamericano, con sencillez—. Yo aún permaneceré unos días en Londres... Lo ideal sería que yo ahora pudiera ofrecerme a usted como guía, pero desgraciadamente soy en esta ciudad tan forastero como usted...

—Para mí Londres no es del todo desconocida... He vivido aquí dos años —manifestó Gene.

—¿Cuándo?

—Unos tres años antes de que estallara la guerra. Nadelin era entonces propietario de un pequeño circo. Trabajábamos en los suburbios... Aquí fue donde conocimos a «Míster Bass», y donde este hizo que Nadelin quedara arruinado, y esclavo suyo...

Como un relámpago, atormentadas arrugas asomaron a su frente, y desaparecieron. Inesperadamente, el rostro de Gene se iluminó con un gesto risueño.

—Es a mí, pues, a quién le toca ofrecerse como guía... —concluyó.

—Y yo acepto encantado... ¿Cuándo cree que podemos vernos?

La muchacha se quedó mirando afuera. La luz de la tarde iba a extinguirse pronto.

—¿Tiene usted algo imprescindible que hacer hoy todavía? —preguntó la francesa.

Williams vaciló un poco al contestar:

—Sí...

—¿De veras es *imprescindible*?

El tono con que ella hizo la pregunta fue demasiado significativo. El aparentó no darse cuenta.

—¿Por qué le extraña?

—Oh, por nada... Pero después de los riesgos corridos en la travesía, me gustaría que usted me acompañara en mi primera cena en tierra...

Se cruzó de brazos, adoptando una actitud graciosa, de amable burla.

—A no ser que a usted le moleste acompañar a una mujer vestida de esta forma...

Vestía todavía de marino.

—Mañana le traerán ropa que ponerse —se apresuró a decir Williams—. No he descuidado ese detalle... Pero no sospeché que usted tuviera deseos de salir hoy...

—Pues se equivoca, Fred. Ardo en deseos de corretear por esas calles... Así que, si no tiene reparos en que yo vaya con usted con esta facha... y si está dispuesto a correr con todo el gasto...

Soltó una alegre risa, y agregó:

—Todavía no dispongo de un penique... En estas mismas condiciones salí de Londres... solo que entonces disponía de unas ilusiones que ahora ya no existen... En realidad, no sé si aquello era mejor. Me parece que no...

Se quedó mirando el paisaje, con sus edificios roídos.

—También Londres ha envejecido...

En tanto la joven hablaba, Williams permanecía pensativo. Algo parecía inducirle a aceptar la franca invitación de Gene. Resultaba extraño. Unas horas antes no hubiera podido soñar nada mejor: salir con aquella hermosa muchacha y perderse en la gran ciudad...

Si hasta aquel momento el humor de Williams se hallaba atenazado por pensamientos graves, súbitamente se libró de ellos.

—¡Espere un momento!

Salió de la pequeña habitación en que se hallaban, cerrando la puerta tras de sí. La muchacha, después de permanecer unos instantes en actitud sorprendida, se acodó de nuevo en la ventana.

Unos momentos más tarde la puerta volvió a abrirse, y apareció Fred, seguido de Marise.

—¡Gene! —exclamó alegremente el norteamericano—. Escuche lo que su gentil compatriota le ofrece...

Marise, sin perder su aire melancólico, pero esforzándose por parecer alegre y romper aquella barrera fría que adivinaba ente ellas dos, puso a disposición de la artista su modesto ropero.

En vano Gene intentó rehusar. Williams se encargó de cortar todas las protestas.

—¡Mañana habrá aquí vestidos de sobra! Pero ahora acepte lo que le ofrece nuestra amiga... Tienen ustedes casi idéntica estatura.

Los ojos de Williams acentuaban gradualmente su vivacidad. Durante unos segundos estuvo mirando de arriba abajo a la artista. Aquel ancho y áspero pantalón daba a su figura un trazo gracioso. Pero Fred ya sentía como imposible retardar un minuto más el verla vestida de mujer.

Las dos mujeres se dieron cuenta de la ilusión que relucía en la mirada y en la voz del hombre. Y entonces Gene le miró como ya hizo en otra ocasión: la vez en que él la llevó a su camarote, y se sintió mirada por Fred con ojos llenos de fuego.

La muchacha sonrió, divertida. Pareció que una idea maligna cruzaba su frente. Irguió su figura, y el grueso jersey se ciñó sobre el hermoso busto. Entornó los ojos, cuyo gris adquirió un brillo metálico.

—Tendrás que esperar unos minutos —dijo, ampliando su sonrisa.

—¿Unos minutos? Ya me conformaría con media hora —repuso Williams, soltando una carcajada.

Pero se equivocó. Poco más de cinco minutos habían transcurrido desde que salieron de la habitación las dos mujeres, cuando la puerta volvió a abrirse.

El yanqui, que se hallaba de cara a la ventana, al volverse no

pudo evitar una exclamación desaforada. Con los ojos llenos de pasmo, inmovilizado por el prodigio, permaneció unos segundos sin saber qué decir.

Allí estaba Gene, el cabello recogido hacia atrás; los hombros y parte del busto al descubierto. Llevaba un vistoso vestido, de falda ancha. Delante mismo de Williams se puso un impermeable de grandes solapas. Sin llegar a abrochárselo del todo, se pasó el cinturón...

—Cuando usted quiera...

El yanqui aún no había salido de su estupor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la joven, sin mirarle.

—¡Pero esta rapidez parece imposible! —dijo Fred, por decir algo—. ¿Qué hada le ha ayudado?

—Marise...

Esta se hallaba detrás de Gene, a unos pasos de distancia y sonreía, con su sonrisa pálida.

—Estoy acostumbrada a cambiarme de ropa en mucho menos tiempo —declaró la artista—. Ahora, si no quiere que perdamos los últimos momentos de la tarde, vámonos...

Williams parecía embriagado. No se cansaba de mirar a la muchacha. Avanzó hacia ella, torpe, cohibido.

—Sí, vámonos.

Ya en la calle, durante un buen rato anduvieron en silencio. Los dos parecían muy interesados por los estragos que se observaban en la ciudad. Ante una boca del tren subterráneo se detuvieron.

—¿Tiene predilección por ir a algún sitio? —preguntó ella.

—Ninguno. El itinerario queda a criterio suyo —respondió el yanqui.

—Me gustaría recorrer los barrios donde yo he vivido... Luego podemos meternos en cualquier club. Allí abundan, y tal vez encontremos alguno que le interese...

—Lo que usted disponga, Gene —fue la respuesta de Williams.

En el andén, tuvieron que incrustarse en el bloque de gente que aguardaba. Cuando el tren llegó, la multitud misma se encargó de meterlos en un vagón. Allí quedaron atados de pies y manos. Esto hizo que por primera vez, la imagen de su ciudad natal, Nueva York, acudiera a la imaginación de Williams. En unos días, ¡qué cambio tan profundo se había realizado en su vida...!

El tren iba deteniéndose en distintas estaciones, y poco a poco la barrera de gente que se interponía entre él y Gene, desapareció. Y varias veces, en aquellos vaivenes, Williams sintió pegado al suyo el cuerpo de la muchacha.

—¿Qué le ocurre? Se ha quedado usted mudo —observó ella, de pronto.

El norteamericano se limitó a forzar una sonrisa. El tono irónico que creyó percibir en ella, acabó de perturbarle. Enseguida se le antojó grotesca su actitud, y rompió a reír.

—Lo que a mí me sucede —repuso— es algo que usted seguramente ya sabe...

—¿De veras? —preguntó la muchacha.

Pero tal chispa de burla brilló en los ojos grises, que el americano se apresuró a rectificar:

—No. No lo sabe usted... Por lo menos, no lo ha entendido en todo su alcance...

Creía que Gene, al advertir el influjo que ejercía sobre él, se acorazaba de escepticismo. La imaginó encerrada en una fortaleza construida con todas las decepciones, amarguras y ascos que en su agitada vida la habían herido. Como ya le ocurrió otras veces, Fred se vio unido a un corro de hombres que con mirada voraz asediaban la esplendorosa belleza de aquella muchacha.

Y no era eso. Cada vez él se cercioraba más de que no era eso. Estaba perdidamente enamorado de ella. La quiso desde el primer momento, cuando apenas vio su rostro emergiendo en el agua, cruzado por guedejas mojadas.

Ahora era cuando percibía la verdadera magnitud de aquel sentimiento. Y sintió miedo. Consideraba que era lo peor que podía haberle ocurrido, en circunstancias como aquellas. Su misión en aquel país herido, que a cada minuto estaba sufriendo un nuevo desgarró, debía desarrollarse sin la más leve alteración del pulso. Tal como había visto comportarse en el mar a los hombres británicos.

—Hemos llegado —anunció Gene.

Descendieron. En silencio cruzaron el andén. Fred se quedó unos pasos rezagado, para contemplar mejor a la muchacha. Esta llevaba el impermeable ceñido por la cintura. Se había levantado las solapas, y la rubia cabellera le caía con abandono sobre los hombros.

La vio andar, graciosa, elástica, dejando a su paso una huella de admiración. Fred se sintió arrepentido de haber accedido a la invitación de ella. ¿Para qué prolongar aquella tortura? Los dos iban, debían seguir caminos distintos. La relación que entre los dos había existido durante la travesía, debía cesar. Ahora se hallaban en una inmensa ciudad. A poco que se lo propusiera Gene, viviría como se le antojase. La misma tragedia que pesaba sobre Londres la

favorecería. La muerte se hallaba al volver de cualquier esquina. Y ese mismo peligro hacía que en los seres se despertase un deseo desenfrenado de vivir.

Williams debía meterse cuanto antes en aquella fábrica perdida en la campiña, a varias millas de la ciudad. Aturdirse con el vibrar de motores... Y esta peligrosa muñeca, que se quedara aquí, en la vorágine de sensualismo y terror de un Londres amenazado de muerte.

Esa fue la decisión de Williams en el momento de desembarcar. Con ese fin dio a conocer en el «Intelligence Branch», departamento de información del Ministerio del Aire, todo lo referente al asunto de los esquemas. Con ello creía haberse desentendido de la cuestión.

De igual forma quiso terminar con Gene. Cuando él le tendió la mano en casa del matrimonio francés, tenía el propósito de no volver más. Diríase que la joven se dio cuenta, y que por ello forzó tanto aquella invitación...

Uno al lado del otro, subieron por la escalera del Metro. Cuando asomaron a la calle, empezaba a anochecer.

Williams empezó a hablar refiriéndose al triste aspecto que ofrecían aquellas casas, cuando se dio cuenta de que Gene permanecía abstraída.

—¿Es por aquí donde vivió usted? —preguntó.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Echaron a andar las dos en silencio. Al poco, Fred sintió la necesidad incontenible de volver a hablar.

Presentía a la muchacha atada al pasado, y con celos, con verdadera rabia, quería arrancarla de aquella evocación. ¿En qué recuerdos se hundía? ¿Qué hombres aparecían en ellos?

Recordó la frase de Nadelin: «Gene perdió a alguien en Dunkerque...» ¿Qué representaba aquel ser en la vida de aquella amargada muchacha?

Se habían metido en una calle tortuosa y corta. A los pocos pasos desembocaron en otra, recta, ancha, y cuyas luces comenzaban entonces a encenderse, medio ahogadas por capas de pintura. Las incursiones nocturnas mantenían casi a oscuras la ciudad.

A ambos lados de la calle se veían dentelladas de la aviación. En un solar, todavía humeaban los escombros. De vez en cuando, una ráfaga de aire echaba sobre los viandantes turbiones de ceniza negra.

Dos o tres veces se detuvieron, por iniciativa de Gene. La

muchacha parecía muy intrigada observando los estragos que los proyectiles aéreos habían producido en aquella zona. Tanto era así, que habiendo llegado al final de la calle, Gene propuso retroceder, para recorrerla de nuevo.

—¿De veras le interese ese sitio? —preguntó él.

—¡Mucho! —respondió ella, con voz apagada.

—¿En qué casa vivía usted?

Pero en ese momento Gene pasaba a la otra acera, y no pareció oír. Fred la siguió.

La muchacha miraba a un lado y otro. Retrocedía unos pasos. Luego avanzaba.

—¿Se ha desorientado?

—No —repuso ella.

Anduvieron un trecho. De pronto saltó al centro de la calle, y se quedó mirando al solar de donde salían los turbiones de ceniza.

—¿Reconoce el sitio? —preguntó Williams.

—¡Oh, sí! —contestó, poseída de una extraña alegría.

Esa fue la impresión que tuvo Fred: que ante aquellas ruinas la muchacha se ponía contenta.

Esto lo vio confirmado a los pocos momentos, cuando habiendo reanudado la marcha, ella dijo:

—Ahora, a divertirnos, Fred... ¿No cree que ya es hora?

Una rápida, profunda transformación se acababa de operar en ella. La melancolía que pudieran traer los recuerdos, se había extinguido.

Apresuraron el paso. De vez en cuando se cruzaban con un grupo de soldados, o alguna pareja, él infaliblemente vestido de militar; algunas veces ella también, con uniforme de Sanidad, o del Cuerpo Auxiliar Femenino de la R.A.F.

Salieron a una avenida que desembocaba en el Támesis. Se notaba por el aliento húmedo que exhalaba aquella arteria, envuelta en leves jirones de niebla.

Pasaron ante varios establecimientos de los que salía rumor de risas y música. Decidieron entrar en uno de ellos.

En el momento de ir a hacerlo, dos hombres enfundados en anchas gabardinas les cortaron el paso.

—¿La documentación, por favor?

Al mismo tiempo, ponían ante los ojos del norteamericano el carnet de agente.

Fred no dudó en sacar sus documentos. Los agentes, apenas mirarlos, se los devolvieron.

—Alejémonos de aquí... ¿Quiere, señor Williams? —invitó uno

de los policías.

Se hallaban ante la puerta del establecimiento elegido. A cada momento había alguien entrando o saliendo.

—Mentiría si les dijera que con mucho gusto —respondió Fred, en tono humorístico—. La señorita y yo nos disponíamos a cenar... si es que teníamos la suerte de encontrar mesa...

—Ahí seguramente, no —dijo el agente que miró la documentación del yanqui—. Tampoco pierden ustedes gran cosa... Les indicaremos un sitio mejor...

—Mejor, ¿en qué sentido?

—En todos: mejor cena y mejor ambiente... Es lo menos que podemos hacer por ustedes, en su primera noche en Londres...

El yanqui les miró sorprendido:

—Ah, pero, ¿saben ustedes que esta es nuestra primera noche en Londres?

—Está bien claro, señor *Williams* —recalcó el policía.

Sí, conocían su nombre por haberlo visto en la documentación. Pero, en una ciudad de tantos millones de seres, ¿era posible que unos agentes fueran a tropezarse precisamente con el norteamericano Fred Williams, desembarcado hacía apenas unas horas?

Se alejaban del sitio en que se pararon. Gene iba al lado de Fred, en silencio. Él la llevaba cogida del brazo.

—Nos sorprendió verlos parados ante el solar —manifestó el mismo policía que habló últimamente—. Desde allí les estamos siguiendo.

—¿Tan extraño resulta que uno se detenga a contemplar unos montones de escombros? —preguntó Fred, divertido, creyendo que se hallaba ante una de las «originalidades» de la policía inglesa.

—En estos momentos es sospechosa cualquier cosa que ocurra en Lath Street...

Williams casi dio un salto. El mismo estremecimiento que experimentó él, lo notó en el brazo de la muchacha.

—¿Ha dicho usted Lath Street?

—Desde luego.

—¿Desde allí nos siguen ustedes?

—Exactamente...

Fred seguía sujetando a Gene de un brazo. No quería volverse a mirarla. Sin necesidad de ello, sabía que la muchacha se hallaba afectada. Notaba su temblor...

Williams adoptó un aire despreocupado:

—¿Qué es lo que les ha llamado la atención? ¿El que cruzáramos

la calle dos veces?

—No. El que se detuvieran ante el solar... *Precisamente* ante aquel.

Williams comprendió:

—Correspondía a la «taberna» ¿no es cierto?

El agente asintió.

—¿Cuándo fue destruida?

—Hace tres noches.

—¿Muchos muertos?

—Bastantes... Pero suponemos que en nada afecta a nuestro «asunto»...

Y el policía, bajando un poco la voz, añadió:

—En el departamento tenemos la impresión de que el hombre que nos interesa, era algún «cliente». Suponemos que merodea por esta zona...

Habían cruzado la avenida, y ante un edificio de abigarrada fachada se detuvieron.

—Aquí estarán mejor —indicó el agente.

Williams les dio las gracias.

—Buenas noches. Que se diviertan —dijeron los policías, alejándose.

Ya en la sala de fiestas, cuando se sentaban a una mesa, Fred se decidió a mirar de frente a su pareja. La halló muy pálida, y lo achacó a la luz, que allí resultaba potentísima, comparada con la del exterior.

Pero a los pocos segundos, Gene aparecía muy encarnada.

—¿Qué le sucede? —preguntó Williams, con sorna.

En ese momento se acercaba una empleada para tomar nota de lo que deseaban. Fred dejó que Gene decidiera, pero la muchacha súbitamente había perdido el apetito, incluso la iniciativa. Tuvo que hacerlo Williams.

Al quedar solos de nuevo, ella preguntó:

—¿Por qué cree que le he llevado a esa calle?

—Eso ya me lo dirá usted... si es que lo considera necesario —contestó el yanqui, aparentando despreocupación.

—Nadelin y yo conocíamos esa calle... Hemos vivido en ella. Por eso cuando se la oí nombrar a Nadelin, pensé que fuese una invención suya, el primer nombre que acudió a sus labios para salir del paso. Luego supe, por él mismo, cuando quedamos a solas, que era cierto...

Volvió un poco la cabeza, para mirar hacia la pista de baile, atiborrada de parejas.

—Esta tarde, cuando usted intentó despedirse, tuve el presentimiento de que intentaría dirigirse a Lath Street. ¿Acerté?

—No lo niego...

—¿Y por qué, dejándome a mí al margen?

—Se lo prometí a Nadelin.

Ella volvió de nuevo la cabeza, para mirarle de frente. Los ojos grises se hincaron en los de Williams.

—No —dijo, en tono grave—. Lo único cierto es que usted no se fía de mí... Todavía no está usted convencido de que lo que Nadelin y yo le dijimos es la verdad.

Fred rompió a reír.

—¿Qué tonterías son esas, Gene? ¿Por qué tengo, que sospechar de ustedes?... Además, sepa que este asunto ya no está en mis manos. Lo he dejado a quién le corresponde. Ya ve cuán rápidamente actúa el servicio de información inglés. Aún no había salido yo del departamento, y seguramente ya alguien controlaba Lath Street... Vamos a no ocuparnos de ello. Dentro de unos días yo me alejaré de Londres. Usted... hará lo que mejor le convenga. Pero mientras tanto disponemos de unas horas completamente nuestras. Y eso es lo que importa. ¿No lo cree usted así?

Tenían ya el servicio sobre la mesa. Ante ellos, dos copas con vino dorado y burbujeante. Fred invitó con los ojos a que la muchacha cogiera la suya.

—¿No le parece que nos merecemos un momento de alegría, en que todo lo que dejamos atrás, en que todo lo que nos espera delante, debe ser olvidado?

Sí, Fred quería alegrarse. Se daba cuenta de que el azar les había colocado en una especial situación, dejándoles en libertad para que ellos decidieran si aquellas horas debían ser grises, o por el contrario, un brochazo de luz en sus vidas, tal vez próximas a extinguirse.

Ya no le importaba a Williams lo que pudiera haber en el pasado de Gene. Solo este momento interesaba. Concretamente este, en que los dos se hallaban frente a frente, con dos copas de vino al alcance de sus manos. Con una pista de baile a unos cuantos pasos, y toda una noche por delante...

Pero no era tan fácil sustraerse al momento que vivían. En ese instante se produjo un apagón. Cuando volvió la luz, ya no tenía la potencia de antes. Esa misma interrupción se produjo en el ruido de la sala. Por unos segundos se mantuvo un impresionante silencio. Enseguida creció un rumor. La orquesta dejó de tocar. Un altavoz anunció que se acababa de dar la señal de alarma, y transmitió

instrucciones para los que quisieran ir al refugio, situado en la parte trasera del edificio. En un extremo de la sala se acababa de abrir una puerta, que conducía a la otra calle, donde estaba el refugio.

Algunos grupos comenzaron a desfilar. Ahora, en vez de la orquestina, fue música de discos la que empezó a sonar. Varias parejas salieron a la pista.

—Bien —dijo Williams, en tono humorístico—. Nos haremos la cuenta de que nos encontramos en alta mar... Y si le parece a usted bien, Gene, ponga un rostro más alegre. Divertirnos era lo acordado...

—Tiene usted razón.

La muchacha cogió la copa, y esperó a que él hiciera lo mismo para levantarla los dos al mismo tiempo.

—¡Por la muchacha más hermosa! —dijo Fred, trasluciendo una emoción que él hubiera querido mantener oculta.

—Por nuestra buena amistad —repuso ella.

Bebieron, sin dejar de mirarse. Luego, hicieron como que cada uno se ocupaba de lo que tenía en el plato. La cuenta de lo que les habían servido, estaba ya liquidada. En un momento dado podían salir del local, sin necesidad siquiera de pasar por guardarropía, pues los impermeables los tenían sobre una silla, junto a la misma mesa.

Se sucedían los discos en la gramola, siempre con música de baile. Cada vez había más parejas en la pista. No obstante, la sensación de alarma no llegaba a quedar extirpada. Las risas sonaban distintas a momentos antes. No faltaban las caras desencajadas, o los tics nerviosos.

Súbitamente, como si a Fred y a Gene, les llegara al mismo tierno la convicción de que aquello iba a terminar mal, se pusieron a comer deprisa. Comían y bebían con la impresión de que se hallaban casi de pie, para echar a correr tras un tren que de momento a otro iba a arrancar.

Todo se producía deprisa. Los virajes de la conversación. El llenar y vaciar de las copas. En unos minutos, los dos se sintieron distintos.

Los ojos grises habían adquirido un brillo intensísimo. Nunca le parecieron a Williams más esplendorosos. Una mano de él tropezó con una de la muchacha. La cogió, sin que ella hiciera ningún movimiento por rehuirle.

—¡Gene! —balbució el yanqui.

Ella levantó los ojos, para mirarle de lleno. Al principio, la muchacha pareció adoptar una actitud grave, más lo que halló en el

rostro de Williams la hizo cambiar.

—¡Pero, Fred...!

Soltó una carcajada. Fue una risa que la obligó a echar la cabeza hacia atrás. Williams se quedó mirándole los húmedos labios, la fina garganta, el hermoso busto... Tuvo la sensación de que una potente granada estallaba ante él, y le cegaba...

—¡Gene!

Su voz sonó ronca, ahogada. Repitió de nuevo el nombre de la muchacha. Esta, tras un momento de estupor prosiguió riéndose, con mayor tuerza.

Mas la joven se dio cuenta inmediatamente de que algo muy ajeno a la embriaguez que pudiera sentir su amigo, acababa de ocurrir. Fred miraba con ojos de pasmo hacia un extremo del local. Por dos veces el yanqui se restregó los ojos, como si desconfiara de su vista.

—¡Mire allí, Gene!

Ya la muchacha había vuelto la cabeza para mirar en aquella dirección. De su garganta salió un grito emocionado, que hizo que cuantos se hallaban alrededor les miraran intrigados.

—¡Nadelin!

Y al tiempo que lo dijo, se levantó y odió a correr. Fred la siguió, pero enseguida volvió sobre sus pasos. Apresuradamente cogió los impermeables, y corrió tras la muchacha.

Cruzaron la pista de baile para llegar más pronto. Nadelin, o una imagen exacta a la del viejo artista, se encaminaba a la puerta por dónde había salido la gente que se dirigía al refugio. La muchacha gritó su nombre varias veces. Fred la imitó, agitando al mismo tiempo los impermeables. Pero el estruendo de la música ahogaba sus voces.

El viejo, al llegar a la puerta, se volvió unos momentos para dirigir una mirada vaga a la sala, y desapareció...



—La documentación, por favor

CAPÍTULO VII

Antes de asomar a la calle, ya percibieron el vibrar de motores. Fred y Gene cruzaron el portal juntos, y tan pronto pusieron los pies en la acera, se detuvieron, indecisos. Miraron a un lado y otro de la calle.

La oscuridad era tan maciza, que nada podían distinguir a unos cuantos metros.

—¡Nadelin! —gritó Williams, saltando al centro de la calle.

No muy lejos, alguien empezó a toser. Por el lado del Támesis fulguraban algunas bengalas. Brochazos verdes y encarnados comenzaron a temblar sobre los tejados. Algo de esta claridad llegó a la calle.

Veíanse algunas figuras corriendo arrimadas a las paredes. Pero la que Fred y la muchacha buscaban les pareció verla a muy pocos pasos de donde ellos estaban, en medio de la calle, tosiendo desafortadamente.

Corrieron hacia él. Cuando les faltaba poco para llegar, el viejo que tanta semejanza, tenía con Nadelin, se desplomó. Williams fue el primero en inclinarse sobre él.

—¡Nadelin! —llamó, a media voz.

Unos angustiosos estertores se escapaban del pecho del viejo. Cene se arrodilló al otro lado del anciano, y entre los dos le incorporaron a medias.

Un relámpago de los antiaéreos iluminó los rostros. La muchacha se estremeció.

—¡Es él...!

Hundió una mano en el pecho del viejo, y tocó unos vendajes. La mano se le llenó enseguida de sangre.

—¡Nadelin! ¿Me oye?... ¡Soy Gene...!

—Levantémoslo —dijo Williams.

Al hacerlo, se dieron cuenta de que varios hombres les rodeaban. Algo extraño notó el yanqui, que le impulsó a empuñar la pistola. Entonces se sintió atenazado por fuertes manos.

—¡Nada de tonterías! —advirtió una voz, de acento extraño.

Fred sintió sobre su rostro el aliento cálido, y sucio de alcohol, de un hombre robusto que permanecía pegado a él.

—¡Cójanle y vámonos! —agregó la voz de antes.

Williams pasó una mano por la cintura del viejo. Tropezó con

una mano de Gene, que hacía lo mismo. Echaron a andar.

Allá delante oyéronse voces y pasos precipitados. Por momentos la avalancha de motores pasaba más cerca. En la atmósfera percibiéronse simultáneamente varios cuchillazos. Silbidos agoreros precipitábanse desde inconmensurable altura. En ambas orillas del Támesis acababan de brotar gigantescas barreras de juncos, haces de luz entregados a una esgrima furiosa, llena de torpes amagos.

Comenzaron a empalmarse relámpagos, y la calle quedó brutalmente iluminada. El suelo empezó a estremecerse. Un horrísono fragor llenó el espacio. Algunas siluetas que precipitadamente marchaban pegadas a las casas, dejáronse caer sobre la acera.

—¡Deprisa! —apremió la voz de acento exótico.

Iban dos individuos más, aparte del hombre robusto. Uno de ellos tuvo que apartar a la muchacha, para agarrar al viejo y marchar con más rapidez. Antes de llegar al final de la calle, subieron a una de las aceras, y se metieron en un portal estrecho, cuya puerta permanecía abierta.

Fred estuvo a punto de soltar a Nadelin cuando oyó que detrás, uno de los individuos cogía violentamente a la muchacha:

—¡Cuidado, muñeca!

También este tenía un acento extranjero. Williams oyó que la joven respondía tranquilamente:

—No se preocupe...

Se había inclinado para coger la gabardina de Fred, que a este se le acababa de caer.

El patio era muy reducido. Apenas el grupo estuvo dentro, la puerta fue cerrada. Una escalera de un solo tramo, muy empinada, quedó iluminada por una lámpara automática.

Aquí la ascensión ya fue cosa más difícil. El viejo parecía haber quedado sin fuerzas, y el robusto individuo, a regañadientes, tuvo que ayudar.

Consiguieron al fin llegar al piso. Cruzaron un estrecho corredor, y fueron a parar a una habitación donde se veía una mesa camilla, con restos de comida.

Hasta ese momento se habían alumbrado con la lámpara automática. El individuo robusto, que era el que parecía mandar en el grupo, encendió un fósforo y lo aplicó a una lámpara de petróleo. Poco a poco fue llenando la estancia una luz amarilla, llena de temblores, acusando el fragor que se oía afuera.

Fred y uno de los individuos dejaron al viejo sentado sobre una

silla, Gene se arrojó sobre él.

—¡Nadelin!... ¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué significa todo esto?

Con manos temblorosas procedió a arreglarle los vendajes. El viejo mantenía los ojos entornados.

Fred, en tanto, observaba al individuo de recia contextura. Se hallaba enfundado en una gabardina, llena de manchas de grasa. Con la imaginación Williams le puso otra prenda: un chaquetón de marino. Y sobre la rapada cabeza, una gorra con negra visera. Sí, era él. Allí tenía los brillantes ojos azules, de mirar penetrante...

Las duras facciones del individuo empezaron a contraerse, en gesto sarcástico, al notar que el yanqui le observaba.

Fred recordaba haber visto aquella cara, entre el grupo de tripulantes náufragos recogidos por el crucero. Pero así, sin la gorra, se le despintaba. Necesitaba imaginar la visera negra cortándole la frente. Y tolvaneras de humo en torno, tal como lo vio en el momento de abandonar el crucero...

El individuo ya había concretado sobre sus gruesos labios una sonrisa de burla. Algo iba a decir, cuando notó los cuidados que Gene prestaba al herido.

Alargó un brazo, y cogiendo fuertemente a la muchacha de un hombro, la apartó de allí. La joven emitió un gemido, y Fred dio un sallo, con los puños cerrados, pero los dos individuos que le rodeaban se le echaron encima, antes de que alcanzara al otro.

Durante unos momentos forcejearon. Williams consiguió mantener un brazo libre, y asestó dos golpes en la cara de uno de los individuos. Este lanzó un rugido, y enlazando las dos manos, las descargó en golpe de maza sobre el cráneo del yanqui.

Al tercer golpe, Williams cedió. El que lo sujetaba lo soltó y Fred cayó al suelo.

—No era lo convenido, Ladowska —dijo el viejo, mirando al hombre recio.

Este no le miró siquiera. Con el gesto indicó a los otros que levantaran al caído. Pronunció unas frases en jerga extraña. Algo que debía ser una reprimenda, porque los dos individuos, súbitamente, se pusieron serios.

Fred fue sentado en una silla. Con ojos turbios se quedó mirando al que Nadelin había llamado Ladowska. Este también le miraba.

—Señor Williams —empezó a decir el individuo—. En el crucero lo he tenido a mí alrededor varias veces y a cada momento estaba esperando verme detenido... Quisiera no necesitar de usted, para ahora hacerle pagar mis apuros. Pero le necesito... *señor Williams.*

Ya ve que le soy sincero...

Entreabrió la gabardina, y de la cintura sacó un trozo de madera que tiró sobre la mesa camilla. Era el trozo de tabla. Al mirarlo, Fred vio que la chapa que cubría la cavidad había sido despegada.

Lo que Fred y Nadelin habían tramado, con la aquiescencia del capitán del crucero, y a espaldas de Gene, era colocar de nuevo los esquemas en su sitio. Nadelin se presentaría en la taberna, y haría lo convenido con Tony Hatch... Pero todo esto pareció desbaratado por la catástrofe del crucero.

Fred imaginó lo ocurrido. Al empezar el tumulto en el crucero, Ladowska se habría dirigido a los camarotes. Pero, ¿por qué no cogió lo que en realidad le interesaba, el trozo de tabla, y se desembarazó del viejo?

—Nadelin es un hombre agradecido —añadió Ladowska, como si hubiese oído la pregunta que mentalmente se acababa de hacer Williams—. A cambio de que yo cargara con él, me dio una estupenda noticia... Resulta que usted y el capitán del crucero, sabían lo que esta tabla significaba. ¡Vaya!

Se quedó mirando a Fred, manteniendo la boca entreabierta, esperando el efecto que la noticia hacía en el ingeniero. Este permaneció impasible.

—Ocurre, además, que la parte más importante del motor ha escapado a nuestro agente en los Estados Unidos...

Soltó una risa irónica:

—Claro que es de suponer que a estas horas nuestro agente en la fábrica ha sido inutilizado... Pero eso va a ser fácilmente remediado, si usted se aviene a razones. Le esperábamos por Lath Street. Nadelin nos ha confiado el plan que tenía convenido con usted. Hemos visto también a los sabuesos del «Intelligence»...

Volvió a reír:

—Muy torpes. Ellos y usted nos han tenido a dos pasos... Nadelin se sintió tentado de cometer una tontería. Ahora seguramente lo lamenta...

Indicó con los ojos los vendajes empapados de sangre.

—Es lástima, porque esas heridas ya las tenía cerradas...

La avalancha de metralla sonaba ahora lejos. No obstante, la lámpara acusaba sus sacudidas.

—Nadelin y yo hemos llegado a un acuerdo que esperamos será compartido por usted... Mírelo con serenidad, señor Williams. A primera vista tal vez se le antoje inadmisibile. Pretendemos sencillamente que usted nos complete esta colección de esquemas. No se altere, señor ingeniero. Esto en nada le perjudica. Dentro de

muy breve plazo, cualquiera de esos aparatos habrá sido derribada, y estará a merced de cualquier mirada curiosa... ¿No lo cree usted así? Pero los que tenemos la misión de facilitar estos datos, si no conseguimos hacerlo, tendremos que ir a la deriva, a merced de cualquier disparo por la espalda, o a quema ropa... como le ocurrió a Tony Hatch. ¿Recuerdan?

Fred no pudo contenerse:

—¿Por qué lo eliminaron? —preguntó—. ¿No trabajaba para ustedes?

Ladowska sonrió:

—Le gustaba el doble juego... ¿Quiere usted saber con quiénes se hubiera entrevistado en la taberna de Lath Street? Con agentes ingleses... Una tontería más de Tony Hatch, porque él ya tenía motivos para saber que le íbamos a la zaga... Y bien, señor Williams: ¿Qué responde a mi propuesta?

—¿Qué ofrecen a cambio? —preguntó, fríamente, el yanqui.

—¡No lo discuta siquiera, Fred! —gritó Gene.

Se volvió, convulsa, a mirar al viejo:

—¿Qué le han prometido, Nadelin? ¿Otra vez esclavizado por las drogas?

El viejo cerró los ojos y no contestó.

—¡Y se ha prestado a servir de anzuelo!... —clamó la joven, a punto de romper en llanto—. ¡Y yo lamentaba su muerte...!

—¡Háblela, Ladowska! ¿Por qué se calla? —apremió el viejo, con voz atormentada, y manteniendo todavía los ojos cerrados.

—No nos creerán —contestó el individuo—. ¿Saben ustedes que han estado al alcance de nuestras pistolas lo menos tres veces? Y ha sido Nadelin quien ha impedido que disparáramos, asegurándonos que los atraería a un sitio donde nos pondríamos de acuerdo... Pero se me antoja que por las buenas eso va a ser imposible. El defecto está en que ustedes no se han dado cuenta de cuál es nuestra situación. Es muy probable que los sabuesos británicos estén a estas horas rondando esta casa. ¿De veras no tenían nada convenido con ellos, señor Williams?

—Nada. Y lo lamento —respondió Fred, con gran serenidad—. De esta cuestión me consideraba ya desligado...

—¿También de esta señorita? —inquirió el individuo, con sorna.

Hizo un gesto significativo, y los dos individuos que rodeaban a Fred procedieron inmediatamente a cachearle. No le encontraron armas. Ladowska indicó con la mirada la gabardina de Williams, que había quedado tirada sobre una silla. Tampoco en ella encontraron nada.

Ladowska entonces se quedó mirando a la muchacha. Sus ojos azules estuvieron unos instantes observándola, de arriba abajo.

—Acérquese —dijo, sin dejar de sonreír.

La muchacha, muy pálida, apuñalándole con los ojos, replicó:

—¡No consentiré que me toque...!

—Eso solo servirá para complicar las cosas...

Extendió un brazo, y su mano enorme, fuerte, atenazó uno de los delicados hombros de la joven.

—¡Estese quieto! —gritó Williams—. ¿Qué es lo que a usted le interesa?

—Ganar tiempo —respondió el individuo, sin soltar a Gene—. Si esta fierecilla salvaje no se está quieta, no solo será cacheada...

Su otra mano acababa de posarse sobre el busto de la muchacha. Ella lanzó un grito de cólera y en un rápido movimiento, se escurrió de las manos del individuo. Fue a situarse en un rincón de la estancia. Allí se quedó, con los ojos llameantes, en actitud de pantera pronta a dar el salto. Parte del vestido lo tenía desgarrado, dejándole un hombro desnudo.

—Les daré los datos que les interesa —manifestó Fred, con voz sorda—. Pero, ¿qué garantías nos darán ustedes?

—¿Garantías? Las mismas que usted a mí —replicó el individuo.

—Mis datos serán ciertos —afirmó Williams.

—Es lo que más les conviene... Bosqueje usted lo, que considere más esencial de ese motor. Anote también los planes de producción de sus fábricas... Yo me fiaré de sus datos. Pero tenga en cuenta que en muy corto plazo sabremos si sus referencias son ciertas. Piénselo, señor ingeniero. Si nos engaña, solo habrá conseguido poner en evidencia nuestra inutilidad. Y eso a nosotros nos puede costar caro. Tan caro, que sintiéndonos acorralados no vacilaremos en dar dentelladas a derecha e izquierda. Y ustedes serán las primeras víctimas. Pueden estar seguros de que no cejaremos hasta hacerles caer uno por uno...

—Está bien —dijo Fred, tras permanecer unos momentos pensativo.

Se aproximó a la mesa y se sentó.

—Papel y lápiz.

Ladowska apartó de un manotazo cuanto había sobre la mesa. Se despasó el cinturón de la gabardina, y sacó de un bolsillo de su chaqueta un bloc de papel, una regleta y lápiz. Todo lo puso delante de Williams.

—Lo que considere más esencial —advirtió—. Lo que usted considere que valga la pena averiguar...

Fred ya había cogido el lápiz. Mirando de soslayo vio a Gene, en un extremo de la habitación. Cerca de ella estaban los dos individuos. En el extremo opuesto, Nadelin seguía sentado, alentando trabajosamente.

Williams comenzó a trazar líneas. Un profundo silencio reinaba en la estancia. Afuera, todavía persistía la alarma. El fragor de motores y estallidos, avanzaba y retrocedía, en movimiento de ola.

Ladowska se había situado frente a Williams, y permanecía un poco inclinado, mirando las figuras geométricas que la experta mano del ingeniero trazaba sobre el papel.

Súbitamente, Nadelin empezó a toser. Y Fred quedó con el lápiz inmóvil, como si aquella tos le estorbara.

Ladowska se volvió, molesto, para mirar al viejo. Ese fue el momento que Williams parecía estar esperando. La pequeña mesa pareció impulsada por una catapulta. Saltó contra la cara de Ladowska, y este hizo un movimiento hacia atrás, instante que el yanqui aprovechó para lanzarse contra las piernas del individuo y hacerle caer.

Casi en el mismo segundo, dos balas pasaron por encima de Fred. Uno de los individuos que había cerca de Gene, soltó un alarido, y cayó pesadamente al suelo. El otro permaneció unos momentos indeciso, no sabiendo a dónde acudir. Instintivamente, su mano se metió en un bolsillo de la gabardina. Sin prestar atención a la lucha que se estaba desarrollando, en la que Ladowska y el yanqui, fuertemente trabados, rodaban por el suelo, el individuo miraba a Nadelin, quien a duras penas había conseguido levantarse. Su temblorosa mano empuñaba una pistola, con la que acababa de disparar. El arma estaba empapada de sangre, debido a haber permanecido oculta en los vendajes, colocada por Gene.

El individuo sacaba ya el arma. Miraba siniestramente al viejo. Este parecía haber quedado sin iniciativa, y retrocedía...

En ese momento se oyó un crujido de maderas, a espaldas del individuo. Este dio un salto, y se volvió. En ese instante, Nadelin comenzó a reír desaforadamente. Él balcón que había cerca de donde se había situado Gene, se hallaba abierto de par en par. Y la muchacha había desaparecido...

El individuo hizo ademán de acercarse, pero le detuvo la voz del viejo:

—¡No la cogerás! ¡Esa chiquilla tiene alas...!

Al mismo tiempo disparaba atropelladamente contra él, como si temiera errar el blanco. Nadelin no esperó siquiera a ver si había acertado. Retrocedió al pasillo, con la intención de abrir la puerta

de la escalera y facilitar la huida de Williams, en el, caso de que este pudiera desprenderse de su contrincante...

Pero el viejo solo pudo llegar a un paso de la puerta. Se arrimó a la pared, y sus piernas fueron doblándose. Quedó sentado. Sus ideas comenzaron a tomar un perfil difuso, tal como le sucedía en el momento en que se inyectaba la droga. Percibía los efectos de la feroz lucha que se estaba desarrollando en la habitación. Seguía atentamente las voces que prorrumpían en maldiciones, en rugidos, en quejas. Sonaba la de Ladowska y la de Williams. Esperaba oír otra voz. La del individuo contra el que había disparado últimamente. Esperaba oír su voz y sus pasos, acercándose por el pasillo, para vaciar el cargador de su pistola en el cráneo del viejo artista...

Pero no percibía más que el chocar de muebles y las voces de Fred y Ladowska. Hubo un momento en que el espía pareció tener toda la ventaja. Nadelin le oyó rezongar:

—¡Y ahora, cochino yanqui...!

Pero al momento sonó un golpe seco. Ladowska lanzó un rugido... Percibióse un estruendo de muebles y cristales rotos. Miró hacia allí. Al final de la habitación, en el sitio que correspondía al balcón por dónde había escapado Gene, acababa de producirse una llamarada.

Nadelin pensó en uno de los proyectiles incendiarios con que era sembrado Londres en aquellos momentos. «Están encima de nosotros —se dijo el viejo—. Ahora nos machacarán... ¡A todos! Ladowska ya no tendrá que preocuparse por los esquemas...»

Empezó a reír. Era una risa extraña, como producida por la locura. Le pareció que en la habitación todo había quedado quieto. Y que la luz había cambiado de sitio.

Empezó a arrastrarse hacia allí. Un charco de llamas brillaba cerca del balcón abierto. La lámpara de petróleo había estallado contra las maderas.

Percibió una respiración fatigada. Alguien acababa de incorporarse. Lo reconoció enseguida. Era Williams, que tambaleándose, retrocedía de espaldas hacia el corredor... Otra figura apareció enseguida recortada por las llamas: Ladowska...

En ese momento, en la puerta de la calle sonaron fuertes golpes...

* * *

El edificio parecía querer desprenderse de sus cimientos. Las

llamaradas se sucedían, llegando su luz hasta el fondo del corredor. Williams se había echado al suelo. Ladowska también.

En la puerta de la calle habían cesado los golpes. O quizás eran ahogados por otros ruidos mayores. El «Blitz» pasaba su rulo a la largo del Támesis. Era aquella una de las últimas jornadas... Pronto todo el potencial alemán se dirigiría hacia el Este...

Durante varios minutos, cuantos había con vida en aquella casa, establecieron una tregua instintiva. Pegados al suelo, permanecieron con la sensación de hallarse en la cubierta de un barco cuyas entrañas vibran a punto de estallar.

Fred se dio cuenta de que a su lado se hallaba tendido Ladowska. Quizá al otro tampoco le había pasado inadvertida su presencia. Pero ninguno de los dos hizo nada.

La tempestad que ruarí sobre ellos parecía haberlos convertido en simples gusanos. Cada explosión que sonaba cerca, era un cuchillazo de luz y de rabioso viento que entraba por el balcón, azotándolo todo. Parecía que las paredes iban a desgajarse de un momento a otro.

Cerca de la puerta, cada brochazo de luz iluminaba la figura de Nadelin cruzando el pasillo, con la cabeza apoyada contra la pared, riendo de vez en cuando con risa seca, impresionante.

Hacía ya unos momentos que se había extinguido el charco de llamas cerca del balcón. Pero pronto fueron substituidas por una claridad permanente. Gran parte de la calle ardía. Al darse cuenta Ladowska, se puso en pie y lanzóse hacia la puerta de la escalera. Tropezó con Nadelin, incluso puso los pies sobre él, sin parecer darse cuenta de lo que hacía. El pánico se había apoderado de él.

Consiguió abrir la puerta, y echóse escaleras abajo. Williams no pensó en detenerle. Diríase que ambos, tácitamente, habían dejado al azar que decidiera de su existencia. Se hallaban en el centro de un infierno. El mismo que les acorraló en alta mar. Parecía que en el último momento, ambos se mirasen con un temor supersticioso.

En aquellos instantes. Fred solo se ocupó de cargar con el viejo. A duras penas pudo levantarlo, y echándoselo sobre los hombros, comenzó a descender. Agradecía al Destino que le hubiese proporcionado aquel momento. En su conciencia le había estado royendo el remordimiento de no haber hecho todo lo que podía por el viejo, en el instante en que fue tocado el crucero. Temía examinarse a fondo. Sospechaba que quizá entonces obró egoístamente, ocupándose solo de la muchacha.

La puerta de la calle estaba abierta. Veía el recuadro, fuertemente iluminado por una luz sangrienta...

Le faltaban ya pocos escalones para llegar al final, cuando varias figuras irrumpieron en tromba. En una de ellas reconoció a Gene...

—¡Fred!... —gritó la muchacha, con voz angustiada.

Varias manos se precipitaron para desembarazarle de la carga.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —apremió alguien.

Dos de los recién llegados se hicieron cargo de Nadelin, llevándoselo a toda prisa.

—¿Está herido? —preguntó uno, dirigiéndose a Williams.

—No es nada...

Fred cogió de un brazo a Gene, y lanzáronse a la calle. Uno de sus extremos estaba cerrado. Las llamas de un lado y otro se juntaban.

Por el medio de la calle veíanse fugaces figuras dirigiéndose hacia la zona que permanecía en penumbra. Aquí y allá caían escombros, maderos convertidos en antorchas, que al chocar en el suelo partíanse, formando charcos de brasas.

Seguía en lo alto el vibrar de motores. Insistían sobre aquella área. Ahora ya tenían la señal del incendio para asestar el golpe final con bombas demoledoras.

Fred y Gene iban los últimos. No podía él correr todo lo que en aquel momento hacía falta.

Casi al final de la calle estaba el refugio. Ya se habían metido allí los que transportaban a Nadelin.

—¡Vaya usted delante, Gene!... —pidió Williams, buscando el apoyo de una pared, sintiendo que la vista se le nublaba.

Ella se apretó contra su pecho:

—¡Fred! ¡Cállese...!

Se apartó enseguida, al notar que un golpe de sangre le llenaba los brazos. Quiso gritar, pero no pudo. Williams empezaba a deslizarse suavemente, pared abajo, tal como momentos antes hiciera Nadelin en el pasillo...

Intentó sostenerle, pero no lo consiguió. Cayó con él, abrazada a él...

—¡Fred mío...!

Pegó su rostro al suyo, en un gemido de criatura herida de muerte...

Imponente, inexorable, la tromba de motores pasaba en ese momento sobre ellos...

La muchacha se repuso enseguida. Su cuerpo elástico dio un sorprendente salto, y enseguida echó a correr. Por unos instantes la calle quedó completamente sola. Fred era un escombros más en medio de la acera.

Al poco aparecieron varias figuras. Sonaban entonces los desgarrones de la metralleta, demoliendo las manzanas próximas. Gene y tres hombres llegaron a dónde estaba Williams. Lo cogieron en volandas, y echaron a correr por dónde habían venido...

Antes de llegar al refugio tuvieron que detenerse, echándose al suelo. Agoreros silbidos se precipitaban sobre ellos.

Un estruendo infernal se oyó al final de la calle, por la zona incendiada. Esquirlas, piedras en Damas se expandieron, en una vorágine de rugidos y juegos de luz...

Gene, pegada al cuerpo de Williams, miró a lo alto. Ya no sentía miedo. Una vez más se había investido de la frialdad, del fatalismo de un ser amargado, de continuo aporreado por el Destino...

Se puso de pie, indiferente al huracán que rugía sobre ellos.

—¡Vámonos! —dijo, en tono normal.

Y cosa extraña. Los tres hombres tendidos junto al desvanecido Williams, se incorporaron sin vacilar, cargaron con el herido y echaron tras la muchacha...

Tan pronto llegaron al refugio, Williams fue intervenido. Gene misma tomó parte en la cura. Poco a poco el norteamericano fue reanimándose. A quien primero vio fue a la muchacha. Le cogió una mano:

—¿Escapó bien, pequeña?...

La joven sonrió, y movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y Nadelin?

El rostro de la muchacha se ensombreció. Fred le creyó muerto.

—No —se apresuró a aclarar la muchacha—. Se encuentra allí...

Señaló las literas que en dos filas, dejando un estrecho callejón, se extendían a lo largo del túnel.

—Sufre las mismas heridas de antes... además de, una fuerte conmoción...

Williams se dio cuenta enseguida de lo que sucedía. Cuando el fragor de arriba decrecía un poco, una risa seca, hiriente, atormentaba los oídos de cuantos se encontraban allí. Era Nadelin, enloquecido...

Iba a decir a la joven que volviera junto al viejo, cuando al mirar a su alrededor dio una sacudida, como si fuera a levantarse de un salto.

—¿Qué le ocurre, Fred? —preguntó la muchacha.

—¡Gene!... ¡Mire allí...!

Señalaba a un individuo que había de pie, recostado contra la pared, con la cabeza vendada. Era Ladowska. Este también le miraba...

—No se preocupe. Está bien seguro...

Al hacerse ella a un lado, fue cuando Fred pudo ver bien a Ladowska. Entonces advirtió que estaba esposado...

Williams reconoció a uno de los que le rodeaban. Era uno de los agentes que les acompañaron al *dancing*. Al notar él policía que el norteamericano le miraba, se le acercó.

—¿Qué tal, señor Williams?... ¡Valiente susto nos han dado ustedes esta noche! Creímos de buena fe que usted y la muchacha iban a divertirse. De lo contrario, no les hubiéramos dejado...

—¿Siguieron ustedes en Lath Street? —preguntó Fred.

—Sí. Como medida preventiva, simplemente. Desconfiábamos de encontrar nada allí...

Tras un breve silencio, Williams preguntó, aludiendo a Ladowska:

—¿Le han interrogado?

—Apenas... Creemos que son demasiadas las cosas que nos tiene que decir.

Williams recordó entonces lo que Ladowska le dijo acerca de Tony Hatch.

—Me aseguró que trabajaba para ustedes.

El agente titubeó en contestar. Al fin, sonriendo, reveló:

—Era un «agente doble»... Su misión era señalarnos a los espías que hubiera en los mercantes. Lo de los esquemas fue un asunto nuevo. Quizá fue un «regalo» que se reservaba para el otro bando... Ese es el riesgo que se corre con los «dobles»...

En tanto Williams escuchaba al agente, no perdía de vista a Ladowska. Este permanecía arrimado a la pared. La venda le cubría las cejas. Una vez más vio aquellos ojos grandes, hundidos, de un fuerte azul. Ahora estaban clavados en un grupo que había frente a dónde él se encontraba. Era un corrillo de hombres, alguno de los cuales se hallaba recostado contra el maderamen de las literas. Comentaban a viva voz escenas del brutal bombardeo que se estaba efectuando. Cuando afuera aumentaba el estruendo, todos se callaban, la atención puesta en las vibraciones, como si auscultaran a un moribundo...

Williams miraba a Ladowska y al grupo, sucesivamente. En el corrillo había dos individuos cuya actitud le llamó la atención.

—Con disimulo, mire atrás —advirtió al agente.

Este hizo lo que el yanqui le indicaba. Los dos individuos no cesaban de dirigir miradas fugaces hacia Ladowska. Los ojos de este, cada vez que se encontraban con los de ellos, aumentaban su brillo.

De vez en cuando, los dos individuos dirigían miradas inquietas hacia la boca del refugio.

El agente sonrió:

—Creo que sí, señor Williams... Estaremos al tanto...

El policía se dirigió con aire distraído hacia la boca de entrada. Afuera, el fragor sonaba cada vez más lejos. Las conversaciones comenzaron a animarse. No tardarían en empezar el desfile hacia fuera, para ver la suerte que a cada cual le había tocado en la dramática ruleta.

Aún no había llegado el agente al principio de la escalera, cuando Ladowska comenzó a gritar:

—¡Deténganlos!... ¡A esos dos...!

El mismo, esposado como estaba, intentó lanzarse sobre los dos individuos, que acababan de dar unos pasos tras el agente. Este no hizo más que girar y encañonarles con su pistola. Los dos individuos miraron a su alrededor, buscando una salida, pero la multitud ya se había arremolinado, formando un apretado círculo.

Allá detrás, Ladowska prorrumpía en carcajadas:

—¿Qué creíais? —rugió—. ¡Me habéis dejado solo una vez, pero dos no!... ¡Cobardes...!

Momentos después, se comprobaba sin dificultad que eran secuaces de Ladowska. Tenían por misión guardar la entrada de la casa. De haber cumplido, a Gene le hubiera servido de poco su elasticidad, al descolgarse por el balcón. Pero el pánico que les produjo el bombardeo, les había barrido hacia el refugio...

CAPÍTULO VIII

Fred Williams aun permaneció en Londres varios días. Los suficientes para tener ocasión de presenciar los últimos coletazos del «Blitz».

La noche del 10 de mayo de 1941, Fred tuvo la sensación de que Londres desaparecía. Más de dos mil incendios brotaron a lo largo de la inmensa ciudad.

Infinidad de ramales de agua reventaron, y el Támesis se hallaba en marea baja. Tres días después, aquellos incendios aún no habían podido ser sofocados...

Aquella noche, Gene se hallaba en el sanatorio en que estaban hospitalizados Nadelin y Fred. Poco antes de empezar el bombardeo, Williams vio entrar en su habitación al oficial de marina con quien había llegado a intimar en el crucero. Iba acompañado del agente del «Intelligence Service».

El marino le comunicó una buena noticia: el crucero había sido salvado, y ya se hallaba en astilleros. Una vez más Fred se comparó con aquellos hombres, y se consideró pequeño... Le sorprendió, por ello, verse mirado con tanta admiración por el marino, así como por el policía.

—Ha prestado usted un gran servicio, señor Williams. Tanta a nuestro país como al suyo —manifestó el agente.

—¿Qué ocurre?

El policía sacó de uno de sus bolsillos un pliego mecanografiado.

—Cuándo se halle en condiciones, lea este informe. Son datos facilitados por Ladowska. Tal vez encuentre usted nombres que le llenen de estupor. Hombres que ocupan altos puestos en la producción de guerra de su país...

Williams quedó pensativo. Desde luego, muy pocas cosas podían ya sorprenderle. En unos cuantos días había vivido en toda su intensidad la tragedia que asolaba a medio mundo, y que a pasos agigantados se disponía a devorar a la otra parte del planeta.

—Mi país aún no ha comprendido la hora amarga que vivimos...

Inmediatamente, se refirió a algo que desde tiempo atrás le preocupaba. No comprendía lo de «agentes dobles». Su carácter sencillo, franco, no se decidía a admitir que fuese útil emplear los servicios de un hombre que traicionaba a todos. Manifestó sus escrúpulos con toda claridad.

El agente le miró, sonriendo.

—Ladowska se ha ofrecido a trabajar para nosotros —dijo.

El yanqui le miró intrigado:

—¿Y ustedes han aceptado?

Fred, que acababa de pensar que pocas cosas le sorprenderían en lo sucesivo, veía ahora algo que le llenaba de estupor.

—Le hemos dejado hablar... Sin las confesiones de Ladowska, muchos cabos quedarían sueltos. Las fábricas de material de guerra están minadas de espías. Las tripulaciones de nuestros mercantes, también... ¿Cómo desenmascararles? El «doble» juega con dos barajas, a veces con tres, pero al final, siempre le pinta la misma carta: el tiro a quema ropa... como le sucedió a Tony Hatch...

Minutos antes de que se produjera la alarma, se marcharon. Fred, al quedarse solo, abrió el pliego de papel y empezó a leer. Lo dejó enseguida. ¿Qué tenía que ver él en todo aquello? Rehuiría en lo posible entrar en el área policíaca. Su misión era otra. Nunca la vio tan concreta como ahora.

—¡Motores!... ¡Millares de motores!... ¡No cejaré hasta conseguirlo...!

Entonces empezó la gran hecatombe. Las luces se apagaron. El edificio comenzó a temblar...

Fred percibió que la puerta se abría.

—¿Quién va?

—¡Soy yo, Fred...!

—¡Gene!

Era la primera vez que entraba en su cuarto, de noche. Temió que trajese una mala noticia.

—¿Qué sucede?

La muchacha no contestó. Quizá no había oído. Cerró la puerta, y luego se situó frente al ventanal. De afuera llegaba un tembloroso resplandor. A Williams le pareció una figura fantástica, algo grandioso y trágico...

—¿Cierro las maderas? —preguntó la joven.

—Da lo mismo...

El ventanal quedó abierto. Gene fue a sentarse a la cabecera del lecho.

—Encima de la mesita está el paquete de cigarrillos —indicó él.

En silencio, encendió cada uno un cigarrillo. El pandemónium del 10 de mayo había empezado ya a desencadenarse. Llegó un momento en que el resplandor y el estruendo fue tan grande, que Gene, sin poder contenerse, lanzó un grito y se precipitó al ventanal para cerrar de golpe las maderas.

El trató de animarla:

—Necesita usted un descanso, Gene... En cuanto den de alta a Nadelin, ya procuraré que les faciliten un alojamiento en un pueblecito tranquilo...

Le interrumpió un sollozo. Y enseguida, la voz destemplada, henchida de dramatismo, de la muchacha:

—¡Nadelin ha muerto!... ¡Creía estorbarme... y se ha quitado de en medio!... ¡Se ha abierto las venas...!

Tras una breve pausa, añadió, con voz más clara:

—Ha fallecido hace un momento... Me ha dejado sola...

Volvió a levantarse para acercarse al ventanal y abrir una de las maderas. Otra vez quedó iluminada su figura por un resplandor violáceo.

—¡Prometí permanecer al margen!... Cuando mi patria fue hollada; cuando mi mejor amigo murió abandonado, en la playa de Dunkerque... ¡juré odio eterno a los ingleses...!

Se cubrió el rostro con ambas manos:

—¡Pero esto, Dios mío!... ¿Hasta cuándo?

—No piense, muchacha. Es mejor... Póngase a un lado u otro, o aléjese de la hoguera...

Durante unos momentos, permanecieron callados.

—¿Quiere que gestione su vuelta a América?

Gene, sin moverse de su sitio, volvió la cabeza para mirar a Williams:

—He solicitado en el centro de reclutamiento un puesto en la lucha...

Volvió a sentarse. Durante un buen rato ambos permanecieron callados. Fred pensaba en el informe que apenas había ojeado. En él se indicaba la apatía de algunos hombres de su país, que aún no habían acertado a ver la trascendencia de la hora que vivían. Pensó también en Ladowska, y en el muerto Tony Hatch, y en los miles y miles de seres titubeantes, en eterno zigzag. Y en el estoicismo de aquella inmensa ciudad, soportando las descomunales descargas...

—¡Qué absurda es la vida! —exclamó—. ¿A qué tiende todo?...

Pero enseguida reaccionó. Rompió a reír:

—Le acabo de aconsejar que no piense... ¡Vaya ejemplo!... Y bien, Gene: ¿Sabe ya a dónde la destinan?

—Creo que a las A.T.S.¹

—¡Estaría bueno! Yo construyendo aparatos, y usted derribándolos...

Hubo una pausa.

—Tal vez pasado mañana salga ya para la fábrica —dijo Fred—. Pensaba reservarme un día para pasear por Londres de día, en su compañía. Pero con lo que está ocurriendo esta noche, creo que el aspecto de Londres y nuestro ánimo no serán lo más adecuado para lo que yo pretendía... Será mejor aplazarlo. Los pocos motores que han llegado a tierra, están ya montándose. ¡Ardo en deseos de verlos cruzar el espacio! ¡Qué extrañe es esto, Cene! Cuando yo imaginé ese motor, creí que conseguía algo noble; algo que beneficiaría a todos... Y si ahora anhelo verlos volar, es porque los considero un arma mortal... También yo me he dejado llevar por la locura que arrasa a Europa.

En aquel momento entró un enfermero, buscando a Gene, para algo referente a Nadelin. La muchacha salió, y ya no volvió en toda la noche.

Al día siguiente, todo Londres se hallaba conmovido por el gran desastre sufrido aquella noche. Aquel mismo día Fred salió de la ciudad, camina del aeropuerto donde se montaban y probaban los nuevos cazas. Apenas si pudo despedirse de Gene, por la prisa que tenía la ambulancia que fue a recogerle...

* * *

Una mañana muy fría de principios de diciembre, Fred Williams apareció por el condado de Kent, acompañando a una comisión política y militar norteamericana.

Inspeccionaban las defensas costeras. Y en uno de los acantilados de los alrededores de Dover, les sorprendió una bandada de «Junkers» que medio ocultos en las nubes, habían cruzado el Paso de Calais.

De pronto, toda la costa se encendió de cañones. Dos aparatos cayeron, envueltos en llamas. No obstante, las escuadrillas de «Junkers» prosiguieron, tierra adentro, cuando de súbito, todos viraron buscando de nuevo el mar.

De distintos puntos acababan de surgir bandadas de cazas. Eran meros puntitos en el espacio. Pero que se trasladaban de un sector a otro con una rapidez asombrosa. A unas cinco millas de la costa, las escuadrillas enemigas fueron alcanzadas. Se entabló combate, y pronto los diminutos cazas quedaron dueños del Canal.

Durante todo este tiempo la comisión había permanecido extática, siguiendo con gran ansiedad los incidentes de la lucha.

—¡Soberbios muchachos, y magníficos aparatos! —exclamó un coronel de aviación americano—. ¿«Spitfires»?

Pero el americano ya sabía que no.

—Son «Williams», señor —respondió un jefe británico.

El coronel soltó la carcajada:

—Lo he dicho por ver si el «autor» protestaba...

Todos se volvieron para mirar a Fred, pero no lo encontraron. En aquellos momentos el ingeniero coronaba un cerro, donde unos momentos antes había funcionado una batería.

Una muchacha con uniforme de las A.T.S., y la cara tiznada, le salió al encuentro.

—¡Está bien, Gene! ¿Es necesario que venga con el Estado Mayor americano e inglés, para conseguir arrancarte de aquí por unos días? Traigo un permiso para ti en el bolsillo... Tú dirás si debo romperlo...

Pero la muchacha apenas le oía. Sus ojos grises, resplandecían de júbilo.

—En todas mis cartas —prosiguió él— te estoy haciendo una pregunta que tú no contestas... ¿Debo interpretarlo como negativa?

Parecía en verdad enfadado. Ni se acordaba de que en el espacio, a unas cuantas millas, acababa de desarrollarse un drama en el que un producto de su cerebro había tomado parte decisiva.

—¿No me contestas?

La muchacha se le abrazó.

—¡Qué tonto eres, Fred!... ¡Qué chiquillo...!

Él, teniéndola abrazada, seguía tan enfurruñado como antes:

—¿Por qué no aceptabas un permiso?

—No sé... Fue una promesa que me hice.

—¿Cuál?

—Terno que no te agrade... Pero me puse la penitencia de no verte, en tanto tus compatriotas no abandonaran su actitud de permanecer al margen...

Había metido el dedo en la llaga. Aquella era una de las cosas que más remordían a Williams.

La muchacha rompió a reír.

—Pero no me hagas caso... Tal vez sea mejor así. ¡Para qué más tragedias!... ¡Bienvenido el permiso, Fred! ¿Cuántos días?

—Ocho.

—¿Ocho días en Londres, contigo?... ¡Oh, Fred!

Parecía que fuera a abrazarle de nuevo. Tal vez algo más: ambas bocas parecieron buscarse... Pero ahora fue Williams quien se impuso una penitencia:

—Escucha, Gene: En tanto mi país no cambie de actitud, no volveré a plantearte la *pregunta*...

La muchacha, con los ojos brillantes de dicha, iba a replicar, en cariñosa burla: «¡Vaya sacrificio! Cuando ya conoces la respuesta...»

Su burla aun hubiera sido mayor de conocer lo que se avecinaba. La penitencia de Fred iba a durar poco. Se hallaban a 6 de diciembre.

Al día siguiente se producía Pearl Harbour...

F I N



Parecía un hombre tranquilo, civilizado, pacífico

...uno de tantos visitantes de París, cuya única finalidad es conocer la tumba de Napoleón, el Museo del Louvre y el Moulin Rouge. Pero aquel hombre llevaba una pistola junto a su corazón...

BURLANDO A LA MUERTE

la última novela del mundialmente famoso escritor

ALAR BENET

narra la alucinante historia de un hombre que era capaz de matar y morir con una sonrisa en los labios

BURLANDO A LA MUERTE

próximo número de la gran colección

SERVICIO SECRETO

está destinada a ser uno de los mayores éxitos de

ALAR BENET

¡No deje usted de leerla!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 343 - Sergio Duval
 ◻ EL MESTIZO
 Núm. 344 - Matilde Redón
 ◻ COMO UNA NUBE
 Núm. 345 - M.ª Teresa Sesé
 ◻ PRIMERO SE SUEÑA
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 183 - María Carmen Ray
 ◻ BAJO EL CIELO DE NIZA
 Núm. 184 - Carlos de Santander
 ◻ QUIERO UN MILLONARIO
 Núm. 185 - Amelia Pina de Cuadro
 ◻ MARIA CRISTINA
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISOÑTE

- Núm. 284 - Sam Fletcher
 ◻ AMIGO DEL PELIGRO
 Núm. 285 - Fidel Prado
 ◻ UN ARMA DE DOBLE FILO
 Núm. 286 - Tex Taylor
 ◻ UN VAQUERO VAGABUNDO
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 148 - Tony M. Tower
 ◻ DOS CRUCES EN LA NIEVE
 Núm. 149 - A. Roicest
 ◻ CONVOY EN RUTA
 Núm. 150 - Alar Benet
 ◻ BURLANDO A LA MUERTE
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 239 - Enri Claveri
 ◻ MI PRIMO MILLONARIO
 Núm. 240 - Corin Tellado
 ◻ UNA DAMA PARA ANA
 Núm. 241 - Cristina Luján
 ◻ CONDESA ALIXIA
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 69 - María Pilar Carré
 ◻ ESPERANDO AL DESTINO
 Núm. 70 - Eva Millor
 ◻ CEGUERA ENCUBRIDORA
 Núm. 71 - Enri Claveri
 ◻ DIRECCION PELIGROSA
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION DETECTIVE

- Núm. 27 - Karl Medusa
 ◻ YO ESPIA
 Núm. 28 - Vic Peterson
 ◻ EL CASO DE LA POBRE MILLONARIA
 Núm. 29 - Arnold Briggs
 ◻ NARDOS PARA TU VIUDA
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 22 - Nylhama
 ◻ A ORILLAS DEL GRAN KODOR
 Núm. 23 - M.ª Adela Durango
 ◻ FLORES ESCARLATA
 Núm. 24 - María Lar
 ◻ CAUTIVADORA
 APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos

Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 ptas.



Notas

[←1]

«Auxiliary Territorial Service», organismo creado para la defensa de la metrópoli.